

**BRU
GUE
RA**

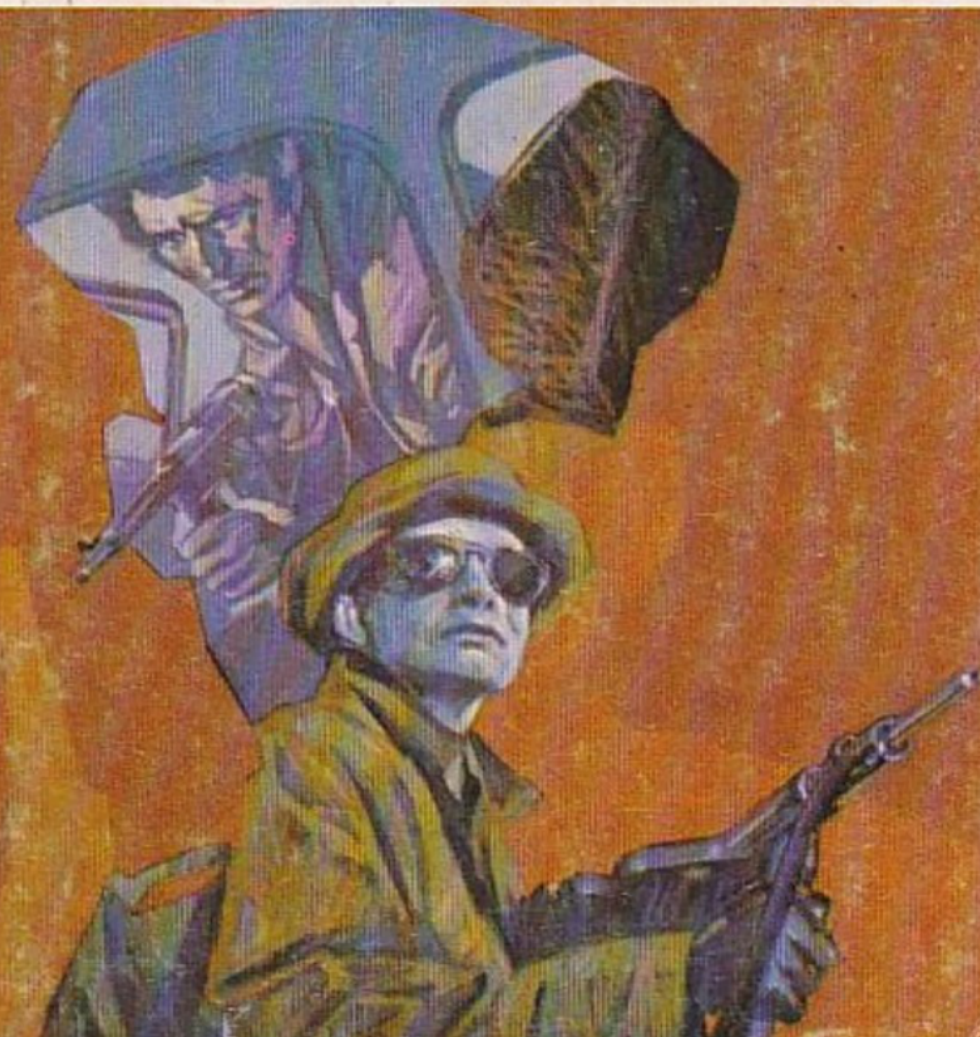
BOLSILIBROS



POLICIACO

TODOS HEMOS DE MORIR

Burton Hare



**BRU
GUE
RA**

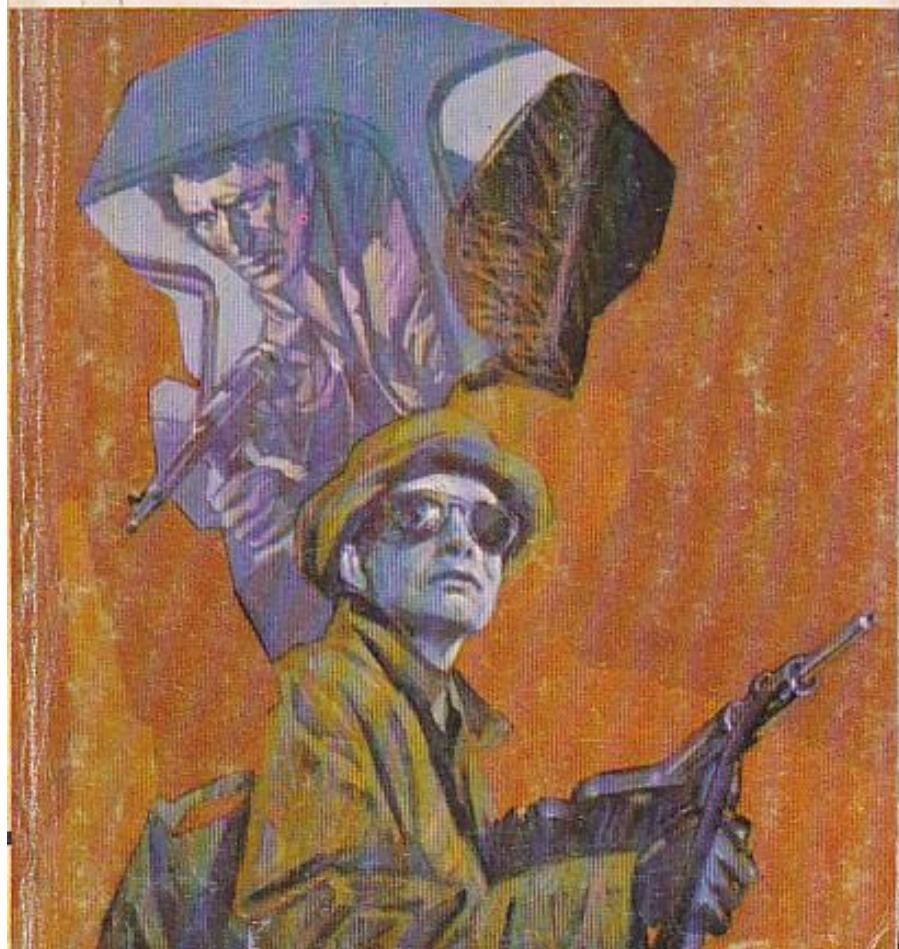
BOLSILIBROS

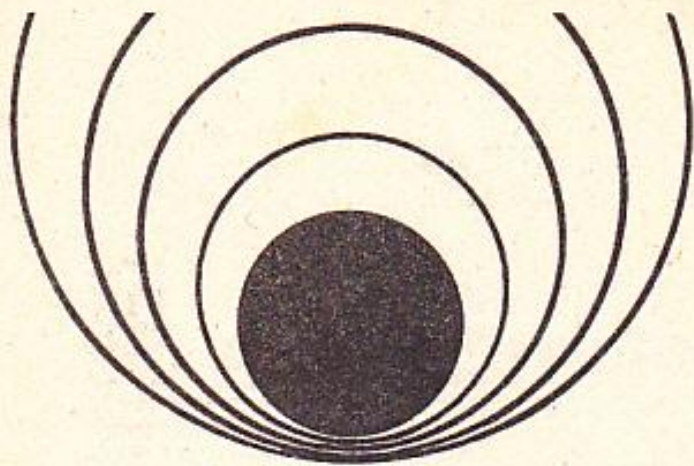


POLICIACO

TODOS HEMOS DE MORIR

Burton Hare





PUNTO ROJO



BURTON HARE

TODOS HEMOS DE MORIR

Colección PUNTO ROJO n.º 1.131 Publicación semanal

ROJO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.723 — Los verdugos no deben amar.

En Colección PUNTO ROJO:

1.113 — Degradación en el paraíso.

En Colección LA HUELLA:

130 — El funeral de las ratas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

620 — El pistolero y el perro.

En Colección KANSAS:

1.301 — El plomo que no mata.

ISBN 84 02-02520-X Depósito legal: B 40.243-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en España: enero, 1984 1.a edición en América: julio, 1984

© Burton Haré - 1984

texto

© Pujolar 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A.

Camps y Fabrés. 5 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta nóvela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N

152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

El agua escurría por los cristales de la ventana cuando pude despegar los ojos.

Llovía a mares.

Un trueno retumbó y dentro de mi cabeza pareció multiplicarse el eco con resonancias profundas y lacerantes. Volví a cerrar los ojos con la esperanza de que así el dolor desaparecería, pero me equivoqué. El aguzado filo de un cuchillo debía estar trabajando a destajo en mi cráneo.

Intenté recordar algo, como por ejemplo el lugar donde me encontraba. Fracase.

Abrí un ojo cautelosamente. Vi la ventana y unas cortinas blancas, y una pared y una lámpara de pie apagada, y un cuadro con la imagen de una mujer desnuda.

Muy bien. Era la primera vez que veía todo eso.

El cuchillo en mi cabeza se hundió un poco más y el dolor hizo que soltara un quejido entre dientes. Abrí el otro ojo y sólo entonces caí en la cuenta de que estaba absoluta-mente desnudo, en una cama que no era la mía, en un dormitorio que no había visto nunca y que apenas si recordaba mi propio nombre.

Fue al dar vuelta en la cama que vi a la chica.

Me quedé mirándola perplejo.

Dormía profundamente, a mi lado, y estaba tan desnuda como el día que vino al mundo. Sus pechos agudos subían y bajaban al compás de su respiración suave y tranquila. Tenía un cuerpo delgado, estilizado, pero no tanto como para dudar de sus espléndidas proporciones.

Tampoco recordaba haberla visto nunca, y eso me preocupó no poco, porque uno debería recordar a la mujer con la que ha dormido y que aún está acostada en su misma cama.

Su largo cabello cobrizo se desparramaba por la almohada semejante a una llamarada.

Mientras estaba mirándola intrigado, un trueno retumbó tan fuerte

que hizo vibrar los cristales de la ventana. Ella parpadeó y sus ojos tropezaron con los míos.

Sonrió.

—Hola, búho.

—Hola.

—¿Hace mucho que despertaste?

—Unos minutos.

Se despezó voluptuosamente, como una gata satisfecha. Sus pechos se tensaron y al estirar las hermosas piernas acabó de tirar al suelo la arrollada sábana.

—¡Qué noche! —runruneó.

Volvió a mirarme y en sus ojos azules brillaron chispas de luz.

—Perdí la chaveta —dijo—. No me había sucedido nunca con un tío, de veras.

—Habla mi idioma si no te importa. ¿Qué pasó?

Se quedó boquiabierta.

—¿Quieres decir que no recuerdas nada?

Sacudí la cabeza de un lado a otro. Eso fue un error, porque un latigazo de dolor hizo que casi diera un brinco.

—Bueno, pensándolo bien, no me sorprende. Bebiste como un cosaco, y cuando te encontré ya llevabas lo tuyo entre pecho y espalda.

—Me emborraché. ¿Es eso lo que estás diciéndome?

—Como una cuba.

—Bueno.

—Pero todo lo demás fue increíble.

—¿Qué?

—Lo que hicimos. Y «cómo» lo hicimos.

—Oh, bueno, eso...

—Estas cosas no deberían pasarme a mí, con toda mi experiencia. Pero, querido, hay algo extraño en ti, algo que no había encontrado en ningún otro hombre hasta ahora, y de eso sé un rato.

—No entiendo nada de lo que dices.

—No importa. Fue un tumulto, una locura... Como una explosión de los sentidos. Nunca antes... Bueno, quiero decir que si eso me sucediera con todos habría de cambiar de oficio o acabaría loca de remate. ¡Qué noche! —repitió ensoñadoramente.

No entendía nada y mi cabeza continuaba martirizándome.

—¿No tienes un trago a mano? —dije, esperanzado.

—Nones. Vaciaste toda la botella.

—Así tengo la cabeza.

Tendió los brazos y los enroscó en torno a mi cuello. Tiró con fuerza y caí sobre ella. Sus pezones hurgaron en mi pecho como puñales. Me encontré hundido en su boca y, her-mano, la chica sabía besar y tenía una lengua activa como el demonio.

Olvidé el dolor lacerante de mi cráneo mientras los sentidos despertaban al delirante estímulo de su experiencia. Empezó a jadear pegada a mi boca y acabamos enroscados uno en el otro como serpientes enloquecidas.

Fue todo un estallido, como si en lugar de un combate de amor fuera un combate a vida o muerte.

Luego ella se quedó muy quieta, abrazada a mí y sólo se escuchó ya el rumor de la lluvia y nuestras respiraciones exaltadas.

De pronto susurró:

—No entiendo lo que me pasa. Lo creas o no, es la primera vez que me siento como una mujer completa al acostarme con un hombre.

—Estás diciendo tonterías que no tienen sentido.

—Quizá lo sean, pero es cierto. Hasta ahora... Bueno, al demonio, no lo entenderías.

No lo entiendo ni yo misma.

—Mira, déjalo correr. Sólo dime cómo nos conocimos, cómo vinimos a parar aquí y cómo te llamas. Por lo menos tu nombre.

Volvió a quedar quieta, mirándome estupefacta.

—¡Esto sí que es grande! Soy Hallie, ¿recuerdas? Y te saqué del bar de Smithy cuando ya empezabas a navegar.

—Ya veo...

—Te veía allí casi todas las noches, bebiendo y bebiendo, siempre solo. No hablabas nunca con nadie. Y anoche te pedí que me invitaras a un trago y así empezó. Parecías

tan solo, tan desamparado...

—No sigas. Desperté tus sentimientos maternos.

—¡Nada de maternos! Despertaste todos mis sentidos, me encendiste la sangre y aún no sé por qué, y ya sólo deseé acostarme contigo.

—El flechazo —dije, fastidiado.

Ella hizo una mueca.

—Búrlate todo lo que quieras —gruñó.

—Lo siento, estoy fuera de órbita esta mañana.

—Eso se nota. Y no es por la mañana. Si miras el reloj verás que son más de las siete de la tarde.

Tenía razón. Había un pequeño reloj despertador sobre la mesilla.

—De cualquier modo —dije—, ahora recuerdo que te había visto algunas veces en lo de Smithy.

—Pues nunca me hiciste ningún caso. Ni a mí ni a ninguna de las otras que van al bar de vez en cuando. Una chica dijo una vez que debías ser homosexual. ¡Cuernos, homosexual! Que me lo digan a mí.

—Deja de decir tonterías.

—No son tonterías. Pero si no llego a tomar la iniciativa tú nunca te habrías fijado en mí.

¿No es cierto?

—Posiblemente. No acostumbro... Este... Bueno, ya sabes.

Ella hizo una fea mueca.

—No acostumbras acostarte con furcias, ¿eh?

—No dije eso, nena.

—Pero lo diste a entender —empezaba a encrespase de mala manera y añadió—: Está bien, soy una furcia y no tengo derecho a esperar cortesías de los tíos con los que me acuesto. Anda, di algo ahora. Di que soy una prostituta. Pregúntame cuánto voy a cobrarte.

La cabeza me zumbaba. Estaba aturdido y tenso.

—¿Cuánto vas a cobrarme? —dije resignadamente.

Ella suspiró.

—Lo que dije antes, maldita sea. Estoy perdiendo la chaveta.

Saltó de la cama y se encerró en el baño.

Tuve tiempo de fumar tres cigarrillos antes de que volviera a aparecer, secándose su espléndido cuerpo con una gran toalla de baño.

Se detuvo junto a la cama. Sus ojos chispeaban, pero me pareció que había una sombra en ellos, una sombra de tristeza quizá.

Plantada allí me espetó:

—Bueno, ¿ya has decidido cuánto me vas a pagar?

—Pide lo que quieras. Me parecerá poco a cambio de lo que me has dado.

—¿Hablas en serio?

—Claro que sí.

—No sé qué me pasa contigo. Dime una cosa. ¿Estás casado?

—Supongo que sí.

—¿Sólo lo supones?

—Puedo estar casado, o ser viudo. Lo ignoro.

—¡Esto es grande!

Inesperadamente, alguien llamó a la puerta. Ella dio un respingo.

—¿Esperabas a alguien? —indagué.

—No. Nunca recibo a nadie aquí, en mi casa. Tú fuiste la excepción, anoche...

El timbre volvió a insistir, una y otra vez.

Ella se miró de arriba abajo, desnuda y con la piel tersa y húmeda.

Al fin atrapó una larga bata y se envolvió en ella. Desapareció.

Encendí otro cigarrillo. Oí voces, un diálogo muy vivo. Después pasos que se acercaban.

Ella protestaba por algo, iracunda.

Un hombre apareció en el umbral del dormitorio. Era de estatura mediana, robusto y no parecía muy feliz.

La muchacha, tras él, aún gritó:

—¡Este medio hombre...! No pude impedir que entrara, Frank.

—Bueno, ¿qué pasa? —me incorporé sobre un codo.

El tipo me miró disgustado. Tal vez no le gustara ver a un tipo desnudo como un gusano.

Al fin graznó:

—¿Es usted Frank Shannon?

—Seguro.

Suspiró con alivio.

—¡Dios, lo que me ha costado localizarle! —suspiró. Sacudió la cabeza y abrió una cartera de mano—. Llevo más de una semana tratando de encontrar algún rastro de usted. Sólo cuando...

Algo se disparó dentro de mí. Algo que a pesar de todo: del alcohol, de la amargura, de la disipación, aún estaba vivo.

El seguía hablando y vi hundirse su mano en la cartera.

Di un salto como impulsado por un resorte. El levantó la mirada y la chica lanzó un grito.

Caí sobre el tipo con todo mi empuje. Descargué un trallazo de abajo arriba y le cacé bajo el mentón. Ni siquiera gritó. Sólo emprendió el vuelo y fue a caer sentado al suelo junto a la pared. Su cartera voló en otra dirección y la chica volvió a gritar.

Yo dije:

—¡No alborotes más y cierra la boca, cariño!

—¿Estás loco?

Miré al aturdido visitante. Un hilillo de sangre escurría por su barbilla. Sacudió la cabeza y me miró asustado.

—¿Qué le ha dado? —balbuceó.

—¿Quién es usted, y qué trataba de sacar de la cartera?

—¿Yo?

—Si se mueve de donde está le arrancaré la cabeza.

Fui a donde había caído la cartera y miré dentro.

No había más que papeles.

Ninguna pistola.

Nada.

La dejé donde estaba y me volví hacia él.

No se había movido una pulgada, sólo me miraba asustado y dolorido.

—Está bien —dije—. Lamento haberle golpeado. ¿De qué se trata?

Se levantó con dificultad. Las piernas se le habían aflojado y hubo de apoyarse en la pared.

Carraspeó. Se pasó la mano por la boca y miró desolado la sangre que le había ensuciado.

—¿Puedo... puedo coger la cartera? —balbuceó.

—Hágalo.

Trastabilló y de nuevo buscó algo dentro de la cartera. Sacó un pliego de papel y me lo tendió.

Lo tomé maquinalmente, y entonces dijo mientras retrocedía precipitadamente:

—Le entrego personalmente y en propia mano esta citación como previene la ley, y en mi calidad de comisionado.

Me quedé mirándole boquiabierto. Aquello no tenía ningún sentido.

El añadió como si hablara para sí mismo:

—Y todo eso por veinte dólares...

Se encaminó a la puerta y sólo entonces eché un vistazo al documento que me había entregado.

Desde luego, era una citación a mi nombre.

—¡Espere un minuto! —exclamé.

Se detuvo a punto de echar a correr.

—¿Qué es todo este lío?

Dio un vistazo a la muchacha. Por primera vez pareció apreciar el panorama en todo lo que valía. Luego dijo:

—Debería saberlo usted, señor Shannon. Es una demanda de divorcio en toda regla.

Casi brinqué hasta el techo.

Desplegué todo el papel y lo leí rápidamente.

No podía creerlo.

Mi esposa solicitaba el divorcio. Era una demanda en regla sin la menor duda.

Cuando levanté la mirada el tipejo había desaparecido y la chica me miraba con los ojos brillantes.

—Bueno —dijo—, ahora ya sabes cierto que aún estás casado.

—Es lo más absurdo de este podrido mundo. Después de tres años...

—¿De qué hablas?

Volví a leer la citación. Algo estaba arañándome las entrañas.

—Olvidalo.

Empecé a vestirme sin más trámite. Ella mascullo: —¿A qué vienen ahora tantas prisas?

Si han pasado años desde que no sabes de ella, ahora...

—No lo entenderías.

—¿Qué es lo que no entendería, que estés ansioso por verla?

Busqué la camisa. Estaba arrugada y sucia.

—No —mascullo.

—¿No qué?

—He esperado este momento durante tres años. Pero no por el placer de volver a verla.

—Entonces, ¿por qué?

—Para matarla.

Atrapé la chaqueta y ella no dijo una palabra. Sólo me miraba con sus grandes ojos muy abiertos.

Hurgué en los bolsillos. Encontré un fajo de billetes, separé un par de ellos de cinco dólares y dejé los demás sobre la mesita.

—¿Qué haces? —estalló al fin—. Llévate tu dinero. No lo quiero.

—No te pago nada.

—¡Maldita sea, cógelo!

Fui hacia ella y durante un instante me quedé mirándola a la cara. Traté de sonreír sin conseguirlo.

—No te pago a ti, Hallie. No pago nada. Imagina que te he comprado un regalo... Un ramo de flores, lo que sea. Debería darte mucho más, porque tú me has hecho recordar que aún estoy vivo.

—No te comprendo. Frank, yo...

La besé ligeramente en la boca.

—Espero verte alguna otra vez.

La dejé parada allí y cerré la puerta detrás de mí, antes de que pudiera hacerme una pregunta que yo no habría podido responder.

Salí a la calle y continuaba lloviendo.

Cuando pude cazar un taxi estaba empapado hasta los huesos.

CAPITULO II

Era otra vez de noche cuando entré en el bar de Smithy.

El gordo atrapó una botella en cuanto me vio llegar. Le hice una seña negativa y me encaramé a un taburete después de asegurarme que Hallie no estaba a la vista.

Me miró asombrado.

—¿No? —exclamó.

—Café.

—¿Café?

—Eso dije.

Dejó la botella a regañadientes, perplejo.

Cuando me sirvió dijo:

—Desde que le conozco es ésta la primera vez que no bebe usted whisky.

—Yo también estoy asombrado, Smithy. Pero esta noche necesito estar sobrio.

—¿Por qué, señor Shannon?

No le respondí. Hay cosas que no pueden pregonarse en voz alta.

Pero él no se dio por vencido.

—¿Tiene Hallie algo que ver con esta decisión? Es una gran chica...

—No se trata de ella.

—Entonces debe tratarse del fulano que vino buscándole.

Ahora le miré con más interés.

—¿Qué fulano?

—Un tipejo cargado con una cartera de mano. Dijo que era muy importante que hablara con usted. Importantísimo.

—Ya veo. Fuiste tú quien le dijo que yo estaba con Hallie.

—Seguro. El dijo que usted se alegraría mucho de verle.

—En eso acertó.

El gordo suspiró aliviado.

—¿Sabe usted? Había temido que lo tomara por el lado malo, señor Shannon. Cuando el tipejo se hubo marchado me pregunté si no habría metido la pata.

—Hiciste un buen trabajo.

—Menos mal.

—¿No viste a Hallie hoy?

—Hasta ahora no.

Apuré el café y pedí otro.

Me sentía extrañamente lúcido, como hacía meses no me había encontrado. Tal vez fuera por la sobriedad o tal vez no.

Bebí el segundo café a pequeños sorbos. Mis pensamientos giraban a velocidad de vértigo y la garra que había estado desgarrándome el corazón desde que leyera el documento de demanda de divorcio, implacable, se había cansado y ahora todo encajaba en su lugar. Sin dolor, sin trauma alguno.

Ahora sabía lo que tenía que hacer.

Pagué y me fui al diablo de allí.

* * *

Era una rubia color de miel y ni el más exigente *voyeur* habría podido encontrar el menor reparo en su anatomía.

Tenía unas piernas largas y de trazo suave, con unas caderas que sin duda daban las medidas exactas con que se deben medir esas cosas, si es que existe semejante baremo.

Su cintura era una filigrana breve que uno pensaba que podría rodearla con una sola mano, trazando la curva justa para que, más

arriba, se lanzaran hacia adelante unos pechos firmes que escarnecían todas las leyes de la gravedad.

En aquellos momentos, sobre cada uno de ellos llevaba una hoja plateada y diminuta cubriendo apenas el pezón, y que el diablo me lleve si pude imaginar cómo se sostenían.

Más abajo, entre los muslos, otra hoja semejante parecía perdida en aquel mar de piel dorada.

Excepto el cabello, eso era todo lo que llevaba encima cuando apareció en la pista, entre un sordo retumbar de tambores y una tempestad de aplausos.

Después se hizo un silencio absoluto y ella empezó a cantar.

No tenía una gran voz, pero sabía cantar, además de que a nadie le importaba si cantaba bien o mal mientras pudieran mirarla en todo su esplendor.

Yo la miraba, por supuesto.

Con un tumulto de ira, amargura y resentimiento agitándose dentro de mí, pero la miraba.

Su rostro no mostraba nada, sólo una absoluta indiferencia ante la voracidad de las miradas que debían quemarle la piel. No obstante, sus labios llenos y rojos hablaban de la futilidad de su indiferencia, y sus ojos tenían la profundidad de las aguas del mar y podían flamear con el fuego del infierno en ciertos momentos. Yo lo sabía muy bien.

O podían ser tan calculadores como los circuitos de una computadora.

No recuerdo siquiera qué fue lo que cantó, pero sí sé que la canción adquirió pasión a medida que se movía alrededor de la pequeña pista, junto a las mesas en penumbra.

Entonces me descubrió y todo su hermoso cuerpo se estremeció. Durante unos instantes fue incapaz de despegar los ojos de los míos. Luego, con visible esfuerzo, retrocedió y pude captar una nota falsa en la melodía.

Terminó y no esperó a recibir el homenaje de la tremenda salva de aplausos. Giró sobre sus pies desnudos y desapareció más allá de una pesada cortina de terciopelo rojo.

Bien, allí estaba. Todo lo que tenía que hacer era atravesar aquella cortina y...

Apuré el whisky y me supo a paja. Por primera vez me pregunté de qué iba a servir retorcerle el cuello como había soñado cientos y cientos de noches, en mis pesadillas.

Eso no me libraría de la amargura, ni de la ira y la desesperación.

Al fin pensé que no valía la pena. Habría sido una gran cosa matarla si hubiera alcanzado una gran posición, romper una vida brillante como ella siempre había ambicionado.

Pero había descendido más bajo que yo mismo.

No valía la pena. Podía darme el lujo de dejarla en paz, olvidarla y al infierno con ella.

Así que salté del taburete. No es que me sintiera feliz después de renunciar a mi venganza, pero sin duda era la decisión más sensata. Me iría tranquilamente, aceptaría la demanda de divorcio y, con un poco de sentido común, aún podría volver a vivir.

Y entonces la cosa se estropeó.

Los dos tipos se plantaron delante de mí, y ninguno de los dos hubiera ganado jamás un concurso de belleza.

—¿Shannon? —graznó el más gordo.

—Sí.

—¿Adónde cree que va?

—Al diablo.

—No se ponga bravo. Vamos a escoltarle hasta la calle. Y no vuelva, o nuestra escolta le llevará al hospital.

—¿Quién dio la orden, esa zorra?

—Camine y cierre el pico.

Bueno, yo había estado dispuesto a largarme sin más. Había decidido irme sin verla siquiera.

Sólo que por mi voluntad.

Los dos monos lo estropearon.

Dije: —Me disponía a marcharme cuando ustedes han aparecido.

Sonrieron, seguros y bravucones. El gordo rió:

—Todos dicen lo mismo cuando llega el momento de la verdad. Vamos.

—Eso era antes.

—¿Qué?

—He decidido quedarme un rato más. El tiempo de terminar lo que ya no pensaba hacer.

Se quedaron boquiabiertos.

El charlatán tenía una boca como la entrada de un túnel de ferrocarril. Abierta era algo ridículo, de modo que se la cerré con un zurdazo que nació más abajo de mi cintura y estalló en su cara.

Algo debió romperse, porque sonó un crujido y el tipo salió volando.

El otro sabía cumplir con su deber. Se lanzó adelante blandiendo sus enormes puños como mazas.

Le paré con un tremendo puntapié entre las piernas. Sus puños dejaron de martillar el aire para bajar angustiosamente tratando de sostenerse el dolor.

Para eso hubo de agacharse. Fue una provocación demasiado poderosa para mí.

Descargué un seco hachazo de arriba abajo con el borde de la mano. Le alcancé detrás de la oreja y en el último instante traté de restar fuerza al golpe, porque tenía sobrada experiencia de sus efectos destructores.

Lo conseguí a medias. Su cabeza osciló y fue a pegar de frente contra el mostrador. De allí se desplomó al suelo donde se quedó muy quieto, sin quejarse siquiera.

El otro estaba sentado cerca de la pista, muy preocupado sosteniéndose la mandíbula rota.

La orquesta tocaba a todo pulmón. La gente estaba de pie sin hacerles

el menor caso y sin mover un músculo.

Pero no todos. Cuatro ejemplares parecidos a los dos primeros se abrían paso a codazos para llegar hasta mí.

Empecé a verlo todo de color rojo. Eso era una mala señal. Tenía experiencia. Una experiencia amarga y siniestra.

Avanzaron los cuatro, un poco separados, listos para romperme los huesos antes de arrojarme a la calle.

La niebla roja se espesaba por instantes. La lujosa decoración del local se difuminaba y las gentes sufrían una extraña metamorfosis. Yo ya no estaba allí.

Agarré el taburete más cercano y lo estrellé con todas mis fuerzas contra el primero que se puso a mi alcance.

El segundo saltó como una rana y su impacto me aplastó contra el mostrador. Le hundí las puntas de los dedos en un costado y el hombre abrió la boca como un pez fuera del agua. Sus ojos giraron en las órbitas.

Llegaba otro armado con un compacto rompecabezas oscuro. Lo levantó dispuesto a aplastarme el cráneo.

Levanté al fulano que seguía ahogándose y lo empujé. El recibió el trancazo descargado ciegamente por su compinche.

El cuarto me pilló con un soberbio puñetazo que me vació de aire los pulmones y me tiró otra vez contra el mostrador.

Cuando volvió a la carga volteé la mano y le clavé el borde en el cuello.

Giró tan de prisa que pensé que iba a echarse a volar. Fui tras él, ciego para todo lo que no fuera seguir peleando en medio de la marea roja que lo envolvía todo.

Le alcancé cuando boqueaba angustiado y trataba de encaramarse al estrado de los músicos. Le cacé de refilón y el mismo golpe le ayudó a subir. Allí se volvió tambaleándose, con la cara gris y los ojos desorbitados, porque continuaba sin poder engullir ni un soplo de aire.

Fue a girar sobre sus pies para largarse de allí. Un trompazo en la

nuca le tiró de cabeza dentro del enorme piano de cola. Di un manotazo a la barra que sostenía la gigantesca tapa y ésta cayó con estrépito, aprisionándole. Tuve la esperanza de que se le rompieran algunos huesos.

Volví atrás dando bandazos. De los otros tres sólo quedaba uno con ganas de gresca.

Para entonces el local era un infierno desatado y todo el mundo se empeñaba en atravesar el arco de la salida a la vez.

El fulano agarró una mesa y la levantó, arrojándola con terrible impulso. Pude esquivarla por pulgadas. La mesa voló por encima de mí, planeó sobre el mostrador y fue a estrellarse contra los hermosos anaqueles abarrotados de botellas. El estrépito sonó igual que un terremoto.

El tipo no había esperado ver semejante estropicio y perdió un par de segundos viendo desplomarse toda aquella cristalería. Dos segundos son una eternidad en ciertas condiciones.

Pude cazarle con un trallazo de revés, y, cuando se volvía, mi brazo volteó y el canto de la mano restalló contra un costado de su cuello.

El hombre se arrugó como un trapo sucio y se quedó muy quieto en el suelo, hecho un ovillo.

Miré en torno.

Estaba completamente solo en todo el local, excepto los maltrechos mantenedores del orden desparramados aquí y allá.

La niebla roja estaba aclarándose. Suspiré y por primera vez me di cuenta del estropicio.

Pasé al otro lado del mostrador, busqué una botella en condiciones y bebí un largo trago a cuenta de la casa.

Luego atravesé la cortina roja y deambulé por un pasillo flanqueado de puertas.

Un grupo de músicos estaban acurrucados a un lado, abrazados amorosamente a sus instrumentos. Me miraron con furia mal contenida. Tenían motivos para no sentir ninguna simpatía por mí, así que lo dejé correr.

La segunda puerta que abrí correspondía al camerino que buscaba.

Aún llevaba aquellas hojas milagrosas, pero se había echado sobre los hombros una suerte de mosquitera transparente que realzaba su cuerpo desnudo.

Me detuve en el umbral. Descubrí, asombrado, que no tenía nada que decirle.

Al fin di un paso adelante y entonces capté la presencia del individuo sentado en un taburete. El también me miraba a mí, pero por encima del cañón de una gran pistola automática. Parecía muy tranquilo.

Lo señalé con un gesto.

—¿Quién es, encanto?

No me respondió. Fue él quien habló.

Dijo:

—Así que tú eres Shannon.

—¿Y qué?

—Yo soy Perry Flanagan. Has metido la pata hasta el muslo al armar este alboroto aquí.

Tengo influencias y voy a hacerlas valer para hundirte hasta el infierno.

—¿Esta pocilga es suya?

—No es una pocilga. Me costó setecientos mil dólares.

—Y ella, ¿cuánto le ha costado? —pregunté con amabilidad, señalando a la mujer.

Se puso rojo.

En el pasillo sonaron pasos precipitados. Yo dije:

—La fiesta continúa...

—Para ti sé terminó. Te meteré un plomo donde más te duela si mueves aunque sólo sean las pestañas.

—Oí eso antes.

En la puerta aparecieron dos policías de uniforme. Ambos enarbolaban sus porras y ni siquiera vieron la pistola que me apuntaba. Sus ojos se fueron solos hacia el cuerpo delirantemente desnudo de la rubia.

Flanegan estalló:

—¡Ya era hora de que llegaran! ¿Qué pasa, vinieron paseando? Desde que llamé este tipo tuvo tiempo de hacer as tillas todo el local.

Los polizontes despegaron la mirada de la mujer. Uno gorjeó:

—¿Es usted el señor Flanegan?

—Sí.

—¿Qué pasó ahí fuera?

—Pregúntenle a él. Pero háganlo fuera de aquí. El tipo apesta. Presentaré una demanda en regla cuando haya evaluado los daños. ¡Largo, llévenselo!

Hablaba a los policías en el mismo tono que emplearía para dirigirse a los mozos de la limpieza. O quizá fuera con los mozos más considerado si se acordaba a tiempo del sindicato.

Los dos guardias me empujaron hacia el pasillo. Lo último que vi de mi mujer fue su mirada brillante, ardiente como las llamas del infierno.

Aquella mujer había sido mía.

Legalmente, aún lo era...

Sólo legalmente.

CAPITULO III

Veinticuatro horas más tarde me sacaron de la celda y un guardia me llevó a una oficina. Allí había un hombre esperándome.

El guardia no pronunció una palabra. Cerró la puerta y nos dejó solos al desconocido y a mí.

—Soy el teniente Bosaky. Siéntese ahí, en esa silla.

Me senté. Estaba tenso y nervioso. Llevaba una eternidad sin probar una gota de alcohol. Había terminado los cigarrillos y en la celda había tenido demasiado tiempo para pensar.

El añadió:

—He leído el informe sobre lo sucedido en el Dessert. ¿Tiene algo más que añadir?

—Nada.

Suspiró.

—¿Sabe usted quién es Perry Flanegan?

—Seguro. El mismo se presentó. Llevaba una pistola en la mano como tarjeta de visita. Dijo que era el propietario del local.

—Además de eso, quiero decir.

—No sé nada de él.

—Flanegan sostiene el cabaret casi como un *hobby*. En realidad es un poderoso industrial, influyente y con grandes relaciones.

—¿Y qué con eso?

—Nada, sólo quería que lo supiera. Va a presentar una acusación contra usted cuando haya evaluado los daños y sepa el estado de sus empleados. Cuatro de ellos están en el hospital.

—Me parece muy bien. Está en su derecho.

Me observaba de un modo muy curioso. Incluso me pareció que ocultaba una sonrisa.

—Bueno, de cualquier modo eso es cosa suya. Dígame Shannon. ¿Por qué armó usted semejante alboroto?

—Si ha leído mis declaraciones sabrá que no fui yo quien empezó la gresca.

—Lo he leído. Pero no creo ni la mitad de lo que usted declaró. Usted fue allí con un propósito concreto. ¿No es cierto?

—Sí.

—Con el propósito de armar un escándalo.

—En principio pensaba hacer algo más que eso. Luego la vi a ella, desnuda, exhibiéndose delante de todos aquellos babosos y cambié de idea. No valía la pena ensuciarse por... Bueno, lo dejé correr. Pero los gorilas de Flanagan aparecieron y lo complicaron todo. Me obligaron a pelear.

—Contra seis tipos.

—Vinieron en dos oleadas —dije con sorna—. No habría sucedido nada si me hubiesen dejado en paz.

—Esa mujer de que habla fue el motivo de que usted estuviera en el local, por lo que entiendo.

—Seguro, teniente.

—¿Por qué la buscaba?

—Traté de encontrarla durante tres años. No de un modo sistemático, pero sí haciendo algunas averiguaciones aquí y allá. Nunca pude localizarla.

—¿Y todo eso por qué?

—Creí que lo sabía usted. Ella es mi mujer.

El policía dio un respingo.

—¡Demonios! Así que era eso...

—No vaya a imaginar una novela romántica. No hay nada romántico en esa dama. Lo malo es que no lo descubrí hasta que ya era demasiado tarde. Después ella vio algo que no debía... En fin, me abandonó, desapareció.

El teniente se echó atrás y encendió un cigarrillo. Sus ojos astutos me observaban por entre el humo.

Yo dije:

—¿Puede invitarme a fumar? Me quedé sin tabaco allá atrás.

—Claro, disculpe.

Encendí el cigarrillo y exhalé el humo lentamente. Entonces le espeté:

—¿Estoy detenido, teniente?

—No. Por lo menos, de momento. Luego todo dependerá de la clase de denuncia que Flanagan presente contra usted. Si se limita a una demanda de daños y perjuicios, habrá un proceso y usted habrá de pagar.

—Ni un centavo —dije—. ¿Tiene algo más que decirme?

—Oh, no hemos terminado aún usted y yo. Además, recuerde que hay cuatro hombres de Flanagan hospitalizados. Tengo entendido que uno de ellos está muy mal.

—No derramaré lágrimas si revienta.

—Eso es cosa suya, pero en ese caso será acusado de algo mucho más grave que por daños y perjuicios.

—Me preocuparé cuando llegue el momento. ¿Puedo largarme de aquí, teniente?

—¿Tiene prisa?

—No hay nadie esperándome, pero éste no es el lugar más atractivo del mundo que digamos.

Saboreó el cigarrillo y yo hice lo mismo, esperando. Me intrigaba la actitud del policía.

Al fin dijo:

—He realizado una somera investigación en torno a usted, Shannon.

—Ya imaginaba que lo harían.

—Dos de mis hombres han trabajado duro para reunir en tan poco tiempo un dossier aceptable.

—Felicíteles de mi parte.

Hizo una mueca.

—Los sarcasmos no le llevarán a ninguna parte —refunfuñó—. Es usted un tipo muy curioso, Shannon. Desconcertante.

—¿En qué sentido?

—No ha habido ninguna dificultad para reunir informes de usted... desde tres años a

esta parte. Más allá de ese lapso de tiempo hay una laguna, en la que parece que usted ni siquiera existió. Una laguna de varios años en blanco. ¿Qué puede decirme al respecto?

—No tengo nada que decir.

Sacudió la cabeza. Revolvió entre los papeles que tenía sobre la mesa.

—Hace unos tres años aparece usted en San Francisco y consigue una licencia de detective privado. Nadie sabe cómo le fue concedida, pero el caso es que la obtuvo —

levantó la mirada un instante. Le sonreí de mala manera y él prosiguió —: Abrió una oficina en un buen edificio comercial. No tiene ningún empleado y la oficina sigue abierta desde entonces, sólo que usted casi nunca aparece por ella. Pasan semanas sin que vaya siquiera a quitar el polvo.

—Hay servicio de limpieza en el edificio.

—Sabe perfectamente lo que quiero decir. En más de tres años no ha tenido usted apenas clientes. Realizó dos trabajos para una compañía de seguros, otro para una financiera y un cuarto para localizar a una menor de edad que se había largado de su casa. ¿Es correcto todo esto?

—Completamente. Sus hombres han debido moverse mucho.

—También parece ser que todos los meses alguien ingresa un cheque a su nombre en el National Bank. Un cheque por dos mil doscientos dólares.

Suspiré resignadamente.

—Ahí tiene usted la razón de que me preocupe muy poco del negocio —dije.

—¿De dónde procede ese chorro de dinero?

—Una especie de renta.

—Me gustaría... Olvídelo. Si llega el momento de averiguarlo ya lo haré.

—Lo dudo. ¿Ha terminado, teniente?

Se quedó mirándome con los ojos entrecerrados. Sonrió.

—¿Sabe una cosa, Shannon? Si no tuviera tanto trabajo, si dispusiera de tiempo, no cesaría hasta descubrir qué estuvo haciendo usted durante esos años en blanco.

—Afortunadamente, no tiene usted tiempo. De cualquier modo se daría de narices contra un muro. ¿Puedo irme ya?

—De acuerdo, lárguese. Pero tal vez vaya a verle a su oficina en cualquier momento.

Si está usted allí, naturalmente.

—Claro.

Se quedó sentado detrás de la mesa viéndome caminar hacia la puerta.

Salí a la calle. La noche era cálida y húmeda. Eché a andar sumergiéndome en la quieta oscuridad de las calles. Los bares habían cerrado ya, de modo que si quería emborracharme habría de hacerlo solo, en la casa que pudo haber sido un paraíso y se convirtió en un desierto.

Me sentía viejo de mil años.

Pasó un taxi, me acomodé en él y le di al chófer la dirección. Recostándome en el asiento, cerré los ojos y me quedé dormido.

CAPITULO IV

El prado de césped tenia reflejos oscuros bajo la luz de la Luna. Lo atravesé para llegar a la puerta y allí me detuve.

Desde el porche porticado podía contemplarse una impresionante panorámica de la ciudad tendida allá abajo. Un mar de luces parpadeantes, burlonas, como guiñándoles a los sueños de millones de seres que se mataban cada día para vivir un poco más, para arañar un puñado de felicidad a cualquier precio; que se destruían para escalar otro peldaño más a costa de lo que fuera, dejándose pedazos de dignidad y de hombría en el empeño, trozos de su propia vida quemada en el altar del lujo, del deseo, de la ambición, de la envidia y la codicia.

Era un hermoso panorama si uno no pensaba en lo que se ocultaba en sus entrañas.

La guirnalda de luces del puente sobre la bahía semejaba el fondo de un decorado frívolo y lujoso.

Abrí la puerta y entré en la casa. Encendí las luces y fui recto hacia el bar adosado a un rincón de la gran sala.

Después del segundo whisky empecé a sentirme de nuevo en este mundo. Saqué un paquete de cigarrillos y, encendiendo uno, conecté el sistema de alta fidelidad y me hundí en el diván.

Hacía meses que no había pisado la casa. Tenía un pequeño refugio en el centro y allí prefería pasar el tiempo. Quizá para que estas paredes, los objetos de adorno, los muebles, los cuadros y la misma casa no me recordaran constantemente el fracaso de una vida.

No me sorprendía que el alguacil necesitara tiempo para localizarme. Debí cansarse de patear la ciudad en busca de mi rastro para entregarme la citación en mano.

Pensé fugazmente en la razón por la cual ella había tardado tantos años antes de decidirse, unos años en que ni siquiera pude saber una palabra de mi mujer.

Acabé dejándolo correr. No era nada que me preocupara en exceso.

Bebí y escuché música hasta que el whisky hizo su trabajo y me quedé dormido como un tronco, fuera de este mundo.

Desperté y era de día. Un día sombrío y gris. La música continuaba sonando suavemente gracias al mecanismo automático, me ardían los ojos y alguien martilleaba mi cerebro.

Fui a trompicones hasta el baño y el agua fría de la ducha fue incapaz de librarme de la resaca. Así que hice café y me supo a diablos, porque llevaba meses molido y no tenía apenas ningún sabor.

Regresé al whisky. Durante la mañana estuve allí, pensando, bebiendo y fumando.

Luego volví a ducharme, me cambié todas las ropas, llamé un taxi por teléfono y por primera vez en meses me dirigí a la oficina.

No era una gran cosa, pero sí cómoda y bien instalada. Al principio había sido como un pretexto, una razón de vivir y un pretexto, nada más.

No había servido de nada.

Encontré un montón de cartas, la mayoría sin interés. Llamativos prospectos de

publicidad, ofertas y poco más.

Pero una sí era interesante. Llevaba fecha de casi un mes atrás y era una citación para que acudiera al bufete de una firma de abogados. Los mismos picapleitos que constaban en la demanda como representantes de mi amante esposa.

De modo que ya sabía que hacía un mes que intentaban dar conmigo.

La carta acabó en la papelera.

Empezaba a preguntarme por qué infiernos estaba perdiendo el tiempo allí cuando sonó el teléfono.

Lo descolgué de un manotazo y una voz educada preguntó:

—¿El señor Shannon?

—Sí.

—Habla Charles Murphy. Soy abogado, señor Shannon.

Pensé que se trataba del picapleitos de mi mujer. Dije:

—Yo no. ¿Qué pasa?

Su voz no se alteró.

—Sólo deseaba saber si estaba usted en su oficina. Deseo tratar con usted un asunto de negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—No por teléfono. Estaré ahí en quince minutos.

—¡Espere un momento!

Pero él ya había colgado.

Esperé. Después de todo, una demanda de divorcio requiere ciertos trámites, aunque uno esté dispuesto a aceptarla y acabar de una vez.

El hombre tardó algo más de quince minutos. Era alto, distinguido, con esa distinción engolada más falsa que una moneda de plomo.

Se presentó antes de sentarse cómodamente en la butaca. Llevaba una cartera de mano que dejó en el suelo, a su lado.

Tan pronto empezó a hablar supe que me había equivocado.

No se trataba de mi divorcio.

—Un cliente de mi bufete necesita los servicios de un buen investigador, señor Shannon —me espetó.

—Muy bien. ¿Quién es su cliente?

Hizo un ademán como si espantara una mosca.

—Por el momento permítame reservarme su nombre. No es importante, de cualquier modo. Los tratos los hará usted directamente conmigo. Igualmente, sus informes habrán de ser dirigidos a mi bufete.

—De acuerdo. Veamos el trabajo.

Tomó la cartera y la abrió.

—Mi cliente —dijo cautelosamente—, por razones estrictamente personales, está muy interesado en localizar a cierta joven.

Hice una mueca.

—Que no es su esposa, por supuesto.

—Naturalmente que no. Las últimas noticias que tuvo de esa joven son que se había trasladado a Los Angeles.

—Siga.

—Se le pagarán a usted los honorarios acostumbrados, más gastos y una prima de cinco mil dólares si consigue localizarla en el plazo de tiempo más breve posible.

—Es una buena oferta.

—Sin ninguna duda.

—Pero voy a necesitar algo más para hacer el trabajo. Por otra parte, si ella se largó quizá no quiera ser encontrada.

—Eso no es asunto suyo, señor Shannon. Usted encuéntrela y remítame los informes a mí. Le he traído una fotografía de la joven, y una cantidad como anticipo. Mil dólares.

Los depositó cuidadosamente sobre la mesa. Luego añadió una fotografía tamaño postal.

No toqué el dinero, pero examiné la foto.

Correspondía a una muchacha de unos veinticinco años, deliciosamente bella. Unos grandes ojos expresivos me devolvieron la mirada desde el papel.

El estaba hablando de nuevo:

—Se llama Diana Reel. Por lo poco que sé, se proponía probar suerte en el cine. En Los Angeles se alojó en una pensión exclusiva para mujeres. Después, desapareció.

—¿Cuando fue eso?

—Hace como dos semanas poco más o menos. Mi cliente intentó ponerse en contacto con ella en esa pensión, pero ya no estaba allí.

—¿Se inscribió en la pensión con su verdadero nombre?

—Sí.

—Supongamos que resulta difícil localizarla de nuevo. Los Angeles es un manicomio con más mujeres hermosas por milla cuadrada que ninguna otra parte del mundo.

Hay millares de ilusas que van allí creyendo que podrán convertirse en estrellas del cine o la televisión. ¿Qué pasa si la cosa se prolonga más de la cuenta?

—Supongo que en una semana podrá conseguir usted resultados. Si no es así, comuníquese conmigo y le daré nuevas instrucciones.

—De acuerdo. Lo haré.

Asintió muy correctamente, se levantó, estrechó mi mano y se fue. El tipo no perdía el tiempo.

Llamé por teléfono a una agencia y encargué un pasaje para el avión de medianoche.

Quizá si tenía un trabajo entre manos pudiera dejar fuera el rencor, la amargura o lo que infiernos me arañara el corazón.

Así que a medianoche el avión despegó y ni por un momento se me ocurrió pensar que un simple trabajo de rutina pudiera convertirse en una sangrienta pesadilla.

Sin embargo, eso es lo que fue.

* * *

Localicé la pensión a la mañana siguiente. Estaba regentada por una dama alta, gorda y resuelta, que me miró frunciendo el ceño tan pronto le expuse el objeto de mi visita.

—Esa chica estuvo aquí dos o tres días —dijo después de escucharme—. No sé a dónde se fue, no dijo cuáles eran sus planes y por consiguiente no puedo ayudarle.

¿Eso es todo lo que tenía que preguntarme?

—Usted sabe todas las respuestas por anticipado, ¿eh?

—Dirigir una pensión exclusiva para chicas, proporciona una experiencia enciclopédica.

—Dígame sólo otra cosa y la dejaré en paz. ¿Ha preguntado alguien más por Diana Reel?

—Por teléfono, sí, pero ella ya se había marchado.

—Ya veo. Esa chica vino aquí con la intención de hacer algo en cine, o televisión. ¿Le habló de eso?

—Ni una palabra. Ya le digo que no estuvo aquí más de tres días.

Lo dejé correr.

—De acuerdo, señora. Gracias por su ayuda.

—¿Qué ayuda?

Me cerró la puerta en las narices y me alejé caminando por la sombreada calle.

Se me ocurrió que sólo tenía un medio de localizarla, y muy problemático además.

Diana Reel pensaba meterse en el mundo del cine. Hay cientos, miles de chicas ilusas que piensan que eso es fácil y estará a su alcance tan pronto irruman con su palmito en esa selva implacable que ellas creen un jardín.

Sin embargo, ése es un camino endiabladamente difícil al que, con mucha suerte, se llega por muy contados senderos, exceptuando los casos excepcionales, claro está.

Uno de esos senderos pasa por el diván de los productores y jefes de reparto. Es un camino sucio, pero efectivo para obtener pequeños papeles y lugares en la figuración.

Si Diana Reel había optado por ése precisamente no podría encontrarla ni en años.

Otro camino era el de las agencias.

Era más lento, por supuesto, y un poco más limpio que el del diván. Algunas estrellas habían empezado así.

De modo que me decidí por las agencias.

Entré en un bar, atrapé la mastodóntica guía telefónica profesional, pedí café y sentado a una mesa copié una lista de agencias dedicadas a representar actores y actrices.

Resultó una lista endemoniada. Si no me acompañaba la suerte tenía

trabajo para un mes.

La suerte no me acompañó. Pateé la ciudad de un extremo a otro; perdí horas haciendo antesala y acabé fastidiado de tanto formular las mismas preguntas y mostrar la misma fotografía.

Nadie conocía a Diana Reel ni la habían visto nunca.

Todo eso sólo me proporcionó una satisfacción. La de que, cuando regresaba al hotel cada noche, caía en la cama como un tronco y dormía de un tirón. No podía quejarme.

Al cuarto día, sin embargo, la suerte cambió.

Había esperado en una sala con las paredes cubiertas de fotografías de mujeres y hombres. Los hombres eran ejemplares impresionantes. Uno pensaría que semejantes Apolos deberían tener plaza asegurada en Hollywood. Las mujeres mostraban todo cuanto tenían para asegurarse una plaza en cualquier sitio, aunque no fuera precisamente un estudio cinematográfico.

Una secretaria pelirroja de cuerpo bien relleno me había introducido en el despacho del jefe, y éste, tras examinar la fotografía, había dicho:

—Diana Reel. La represento en exclusiva, así que los tratos habrá de efectuarlos usted conmigo.

Me relajé en el asiento. La había encontrado.

Me apresuré a desengañarle.

—Todo lo que necesito —dije— es encontrarla.

—¿Para un trabajo profesional? En ese caso el contrato debe ser hecho a través de esta oficina.

—Baje de las nubes. He venido desde San Francisco para localizarla, eso es todo.

Tengo un recado para esa chica y tan pronto haya hablado con ella me largaré de este manicomio.

Hizo una mueca. Sacudió la cabeza y masculló:

—Ya me parecía a mí que era demasiada suerte para una principiante... Pero, amigo, en estos tiempos uno está dispuesto a

agarrarse a cualquier cosa.

—Le creo. ¿Dónde puedo ponerme en contacto con ella?

—Pídale la dirección a mi secretaria cuando salga. A propósito, ¿para qué quiere encontrarla?

—Por encargo de un cliente.

—Eso no es decir nada.

—Ya lo sé.

Sacudió la cabeza con resignación.

Lo dejé allí, detrás de su mesa, pensando quizá en su diez por ciento de un contrato que no lo había sido.

La secretaria anotó unas señas en un pedazo de papel, permitiéndome bucear en las rotundas profundidades de un escote increíble, y luego me sonrió sin humor cuando me despedí.

Volví a la calle más o menos satisfecho por un éxito que me parecía excesivamente fácil...

Aquello era sólo el principio de la pesadilla.

CAPITULO V

Llamé a la puerta y ésta se abrió como si hubieran estado esperándome. Una mujer quedó enmarcada en el umbral, y era una dama digna de contemplarla con tiempo.

Pero no era la que yo buscaba.

Dijo:

—¿Qué pasa, vende aspiradoras o algo?

—Busco a una chica. Diana Reel.

—No está aquí.

—Me dieron esta dirección. No creo haberme equivocado.

—No se equivocó, pero ella no está.

—Bueno, ¿puedo entrar?

Titubeó, mirándome con suspicacia. Tenía unos grandes ojos azules. No parecía muy bien dispuesta a franquearme el paso. Tal vez temiera un ataque sexual o algo así.

—¿Cómo se llama, amigo? —me espetó.

—Frank Shannon. Vengo de San Francisco.

—Entre, veremos qué pasa.

Entré y ella cerró la puerta. Caminó delante de mí y todo su cuerpo adquirió un movimiento suave y cadencioso. Parecía no tocar el suelo siquiera, como si volara.

Algo inaudito.

—¿Dónde demonios aprendió a andar de ese modo?

Se volvió con una ligera sonrisa en sus labios turgentes y rojos, incitantes como el infierno.

—Asistí a una academia durante cierto tiempo, cuando aún creía en cuentos de hadas. Me enseñaron a declamar, a andar, a moverme y todo eso. Lo único que no aprendí fue la manera de introducirme en el

mundo del cine.

—Pues en todo lo demás hicieron un buen trabajo.

La recorrí con la mirada de arriba abajo. Tenía una figura increíblemente proporcionada.

Soltó un gruñido de reproche y dijo fríamente:

—Si deja de desnudarme con la mirada, estoy dispuesta a escuchar lo que tenga que decirme sobre Diana.

—No tengo nada que decir al respecto, Sólo averiguar dónde anda. Necesito hablarle.

Rió entre dientes.

—Ha llegado tarde, amigo.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Se fue de excursión. A estas horas debe encontrarse en algún lugar de México.

Tenían la intención de empezar por Tijuana y luego seguir internándose hacia el sur.

—Decididamente tengo la suerte de espaldas. ¿Con quién se fue, si no se trata de un secreto de estado?

—Con un amigo. Ella es libre de viajar con quien quiera, me parece a mí. Por lo menos, eso me dijo.

—Y es cierto.

—Ahora hablemos un poco de usted, Shannon, o como se llame. ¿Por qué busca a Diana? Y no me salga con el cuento de que es un detective y no puede hablar de su trabajo.

Me eché a reír sin ganas.

—Eso es justamente lo que iba a decir.

—¿Detective?

—Ajá.

Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Oh, no! Eso sólo sucede en la televisión. De veras, ¿qué es lo que pasa con Diana?

Le mostré mi vieja credencial y aún así le costó creerlo.

—¡Diablos! —exclamó—. ¡Uno de esos fisgonas que salen en la tele! Vamos a celebrarlo.

Saltó hacia un pequeño aparador y preparó dos vasos con hielo y mucho whisky. Vino a sentarse a mi lado y brindamos en silencio.

Era un buen whisky.

Y ella me parecía una gran chica, aparte de su soberbia anatomía.

Despegué los ojos de su bellissimo rostro. Sonrió.

—Me dijeron que Diana pensaba probar suerte en el cine también —dije para romper el hechizo.

—Esa era su intención.

—Sin embargo, no creo que en México encuentre más oportunidades que aquí.

—Tiene tiempo. Ella lo conseguirá.

—¿Por qué ella sí y usted no?

—Eso es algo complicado. Yo amo el cine. Lo llevo dentro, si entiende lo que quiero decir. Pero ni con mi amor por el cine puedo admitir las servidumbres que al parecer lleva consigo introducirse en el ambiente.

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe; «citas previas», pruebas privadas en el apartamento del productor, o del jefe de repartos, donde invariablemente hay un diván y cosas así.

—Comprendo.

—No soy una mojigata, en absoluto. Pero me repugnan estas cosas cuando son impuestas a la fuerza. Es una especie de chantaje, ¿sabe?

—Creo que sí. ¿Qué va a hacer si ha abandonado sus proyectos

cinematográficos?

Desvió la mirada y me pareció que ya no tenía ningún deseo de bromear.

Suspiró profundamente.

—Creo que volveré a mi casa, en Kansas. Ahora hago algunos trabajos para publicidad. Fotos anunciando cualquier estupidez y cosas así. Pero estoy harta.

—¿Es usted de Kansas?

Sus ojos se volvieron más luminosos.

—Hay un pueblo llamado Stafford... No es gran cosa, claro, pero allí se conoce todo el mundo, y los domingos se baila en un par de lugares que ya vieron bailar a nuestras abuelas. Pero la gente es buena. Una sabe siempre a qué atenerse con ellos.

—Apuesto que es un sitio agradable.

—Lo es. Oiga, no parece usted uno de esos detectives descarados y sinvergüenzas que

una ve en la tele.

—Quizá se deba a que envejecí demasiado aprisa.

Me levanté después de apurar el whisky. Ella se quedó mirándome y no se movió.

—Ahora habla en acertijos y no le comprendo. Usted no es viejo... Apuesto que no llega a los treinta y cinco.

—Pueden tenerse treinta y cinco años y sentirse viejo. Una cosa es serlo y otra muy distinta sentirse viejo. Aunque no creo que usted pueda entenderlo.

—Desde luego que no.

—Hágame un favor. O dos. Dígame su nombre.

Se echó a reír.

—Creí que iba a pedir otra cosa. Me llamo Mary Arms.

—Muy bien, Mary. Estoy alojado en el hotel Excelsior. Si por cualquier razón Diana se pusiera en contacto con usted, díglele que me telefonee allí. ¿Lo hará?

—Eso no me cuesta nada.

—Gracias. Y también por el whisky, y por su charla. Ha sido agradable conocerla.

Vino conmigo hasta la puerta. La abrió, y antes de que saliera dijo:

—Acaba de ocurrírseme una idea curiosa...

—¿Qué idea?

—Ni usted ni yo parecemos servir para lo que hacemos. O para lo que deseamos hacer.

Lo pensé un poco.

—Creo que acaba de decir algo sobre lo que vale la pena pensar, querida.

—¿No tiene usted un pequeño lugar en cualquier parte?

—¿Quiere decir, como su pueblecito de Kansas? No... Todo lo que tengo es un refugio en San Francisco. Nunca hay nadie en él.

Se quedó en la puerta hasta que hube desaparecido escaleras abajo. Oí cerrarse la puerta y sacudí la cabeza con pesar.

Ojalá la chica se fuera pronto a su pueblo de Kansas.

CAPITULO VI

Fastidiado, llamé al abogado desde mi habitación del hotel. Estaba ansioso por mandarlo todo al infierno.

La voz sonó tan educada como yo la recordaba

—Estaba impaciente por saber noticias, Shannon. ¿La ha localizado?

—Si y no.

—¿Qué clase de acertijo es éste?

—Encontré el lugar donde vive actualmente, pero ella se ha marchado a México, supongo que bien acompañada.

—Comprendo.

—¿Espero que regrese o qué?

—Nada de eso. Va usted a seguirla, Shannon. Es imprescindible que la encuentre cuanto antes. Y cuando la tenga localizada, llámeme. No hable con ella siquiera, sólo sígala para tenerla controlada.

—Oiga usted, Murphy, tal como están las cosas este asunto puede prolongarse una eternidad.

Su voz se endureció perceptiblemente cuando dijo:

—Cinco mil dólares también se prolongan una eternidad.

—Quiero decir que voy a necesitar más fondos para gastos.

—Entiendo.

—Habré de alquilar un coche, además.

—Conforme. ¿Cuánto necesita?

—Envíe dos mil dólares a mi nombre, al hotel Excelsior. Tan pronto los reciba saldré para Tijuana.

—De acuerdo. Me ocuparé de eso inmediatamente.

Colgó sin despedirse.

Me aburrí durante más de una hora, así que me lancé a la calle y recorrí unos cuantos bares sin rumbo fijo.

Entré en un cine y vi la mitad de una película de guerra o algo semejante. Salí fastidiado antes de que terminara y me encaminé de vuelta al hotel pensando en esto y aquello.

Decidí llamar a Mary Arms. Tal vez quisiera cenar conmigo, o salir a pasear. Nunca me había afectado la soledad hasta esa condenada noche.

El recepcionista me entregó la llave y dijo:

—Han habido dos llamadas telefónicas para usted, señor.

—¿Cuándo?

—La última hace apenas diez minutos. La otra poco después de que usted saliera, esta tarde.

—¿Hombre o mujer?

—Una mujer, señor. Dijo que volvería a intentarlo.

Subí a la habitación, busqué el número de Mary en la guía y la llamé.

Su voz se me antojó tensa cuando me identifiqué.

—¿Shannon, es usted?

—Seguro. ¿Me ha llamado antes?

—No, desde luego que no.

—¿Qué es lo que pasa, Mary? Su voz suena muy rara.

—Estoy preocupada. Hablé con Diana esta tarde y le di su recado.

—Entonces ha sido ella quien ha telefonado dos veces, aunque no me ha encontrado. ¿Por qué está usted preocupada?

—Tonterías, supongo.

—Escuche, se me ocurre que podemos cenar juntos. Podrá hablarme de sus preocupaciones. Estoy solo en Los Angeles. Solo, aburrido y fastidiado.

—¿Y si Diana le llama entre tanto?

—Tiene razón, es todo un problema.

—Olvídelo. Tal vez mañana.

—¿Es una promesa?

Trató de reír, pero no sonó como si estuviera alegre precisamente.

—Algo así. Buenas noches, Shannon.

Colgó y yo quedé esperando.

A medianoche seguía sentado allí, sin cenar, tenso y preocupado. Entonces, al fin, el teléfono dio señales de vida.

Salté hacia él y lo descolgué de un zarpazo.

—¿Shannon? —susurró una voz queda y tensa—. ¿De San Francisco?

—Sí. ¿Es usted Diana Reel?

—Sí... ¡Oh, Dios, no vaya usted a México! Regrese a San Francisco en seguida... esta misma noche, Shannon.

—Quiero hablar con usted primero. ¿Desde dónde llama?

Sonó una suerte de quejido y la oí murmurar:

—¡Es horrible!

—¿Qué?

—¡Por Dios, Shannon, váyase! Ahora, esta noche... ¡Por su propio bien, vuelva a San Francisco!

Sonó un chasquido y el teléfono quedó mudo.

Poco a poco devolví el auricular al soporte. No entendía nada, y el hecho de que la voz de la mujer reflejara un miedo tan intenso no ayudaba a clarificar la situación.

Bajé a recepción y pedí hablar con la telefonista.

La joven tenía una nariz respingona y unos ojos muy vivos cuando me miró, intrigada.

—La llamada que acaba de pasarme a mi habitación, ¿era local, o podía proceder de México?

Sonrió seductoramente.

—Era una llamada local, señor Shannon.

—¿Está segura?

—Desde luego.

—Gracias.

Salí zumbando a la calle. Encontrar un taxi libre fue toda una odisea. Maldije en

todos los tonos, porque ahora estaba seguro que algo estaba cociéndose a mi alrededor, algo que asustaba a una mujer hasta el extremo de que el miedo se percibía incluso a través del teléfono.

Tardé más de diez minutos en cazar un taxi.

* * *

Mary abrió la puerta lo suficiente para atisbar por la rendija, y esta vez conservaba puesta la cadena de seguridad.

—¡Caray, usted! —exclamó.

—Abra la puerta, Mary, por favor. Es importante.

—¿Sabe la hora que es? Ya estaba en la cama.

—Lo siento.

Cerró la puerta para quitar la cadena y después me cedió el paso.

—¿Qué ocurre?

Hablaba en voz baja aún, pero al darse cuenta de lo absurdo de ello exclamó:

—¡Demonios, Shannon, qué susto me ha dado!

—Acabo de hablar con Diana.

—Bueno...

—Estaba aterrorizada por algún motivo que no logro comprender. Su voz, sus palabras, el tono, todo reflejaba un miedo profundo y terrible. ¿Qué sabe usted de eso?

—Así que también usted lo ha notado.

—Ciertamente. Además, no está en México, sino en Los Angeles.

Desvió la mirada. Ella también empezaba a asustarse.

—Me dijo que se iba a Tijuana...

—La llamada telefónica era local.

Antes de replicar se dirigió a una butaca y hundiéndose en ella murmuró:

—Venga, siéntese ahí, Shannon.

—No podemos perder tiempo, Mary.

—Yo también advertí que estaba asustada —confesó de mala gana—. Pero ella no quiere que usted la encuentre.

—No se trata ahora de lo que ella quiera. Diana puede encontrarse en apuros. Su voz vibraba de miedo, créame. Yo entiendo un rato de eso.

Sacudió la cabeza y miró a otra parte.

Alargué las manos y la obligué a mirarme, con una mano a cada lado de su hermoso rostro.

—Mary...

—Por favor, no insista.

—¿Desde dónde llamó?

—¡No lo sé!

—Está mintiendo, Mary.

—¡No, no, déjeme!

—¿No comprende que si está en peligro yo puedo ayudarla?

Se quedó quieta, mirándome con sus grandes ojos muy abiertos. Al fin susurró:

—Le prometí que no diría nada a nadie, ¡y mucho menos a usted!

Me eché atrás y encendí dos cigarrillos. Le ofrecí uno y luego dije:

—Quiero que comprenda que no intento perjudicar a su amiga, sólo ayudarla, si realmente necesita ayuda. Había auténtico terror en su voz, pero colgó demasiado pronto para que pudiera localizarla. Tal vez la vigilaban.

Vaciló, muy pálida. Sus labios temblaban, húmedos y carnosos. Me incliné poco a poco sobre ella y la besé en la boca.

Primero se puso rígida, pero no hizo nada por esquivarme. Después, relajándose, murmuró:

—Estaba en un motel.

—¿En cuál?

—Shannon, yo... yo...

—Confía en mí. Lo que no puedes hacer es desperdiciar más tiempo.

Suspiró y esta vez sostuvo mi mirada firmemente,

—En la carretera de San Diego, El motel se llama Las Palmeras.

La besé otra vez, larga y profundamente. Luego me levanté.

—Necesito alquilar un coche. ¿Dónde tienes el teléfono? —Espera.

—¿Es que aún no comprendes? Había algo en la voz de esa chica que puso escalofríos en mi piel.

—Yo puedo llevarte. Tengo un coche.

Casi di un salto.

—¿A qué diablos esperamos? Anda, encanto, vístete. Echó a correr hacia el dormitorio.

Quince minutos más tarde rodábamos en busca de la carretera de San Diego.

CAPITULO VII

El motel estaba instalado sobre una loma. Realmente, las palmeras se recortaban contra las refulgentes estrellas, meciéndose a impulsos del aire salobre que llegaba del mar.

Detuve el coche en la plazoleta, delante de la oficina.

—Ahora escucha, querida —dije al cerrar el motor—. Cuando yo salga del coche colócate a este lado de modo que el encargado pueda verte bien. ¿Comprendes?

—¿Para qué?

—Para que se convenza de que somos una pareja en busca de un lugar tranquilo, de otro modo jamás soltará la lengua. En estos pudrideros se las saben todas. Es su negocio.

—Ya entiendo —asintió, sonriendo.

—Eso es. Tú y yo somos una pareja en pleno romance. Esta es nuestra noche de amor y por eso estamos aquí.

—Frank, ojalá lo fuera, en lugar de ser una noche llena de inquietud.

—Repítelo cuando salgamos de aquí.

Abandoné el coche y entré en la oficina. Sorprendí al tipo del mostrador con sus ojillos de rata fijos en el coche.

Le solté sin rodeos:

—Mi nombre es Shannon. Mi... esposa, está en el coche.

—Sí, señor.

—Habíamos quedado con unos amigos en reunimos aquí para pasar unos días juntos.

No sé si han llegado ya o no.

—¿Va usted a tomar una cabaña?

—Oh, seguro. Pero me pregunto si ellos ya estarán aquí a estas horas. Mi amigo es muy dado a gastar bromas y apuesto que incluso se habrá inscrito con otro nombre.

Empezó a mirarme con suspicacia.

Dijo cautelosamente:

—A veces la gente hace cosas raras...

—El caso es que... Caray, espere un momento —busqué en los bolsillos hasta sacar la fotografía de Diana Reel—. Esta es la... esposa, de mi amigo. ¿Están aquí?

Le dedicó una leve mirada.

—Señor y señora Fulton —dijo, fastidiado—. Cabaña número siete. Pero si se quedan ustedes, aunque sea en su misma cabaña, habrá de pagar una estancia aparte.

Alojamiento completo.

—Naturalmente.

—Veinticinco dólares, servicio aparte.

—Entendido.

Pagué sin rechistar veinticinco dólares, más dos de propina. Firmé con mi nombre en el registro y volví al coche, después de averiguar la situación de la cabaña número siete.

—¿Está aquí? —susurró la muchacha.

—Seguro. Conduce tú, yo le indicaré.

La cabaña estaba a oscuras. Al lado había un cobertizo para los coches, pero estaba vacío

—Apaga las luces. Luego estaciona el coche al lado de esos árboles y espérame allí.

Obedeció y yo me apeé.

Ella murmuró:

—Frank...

—¿Sí?

—¿Estás armado, llevas una pistola por lo menos?

—No. ¿Qué crees que es esto, una aventura de la televisión? Las pistolas son un estorbo nueve de cada diez veces.

La dejé allí retorciéndose las manos y fui hacia la cabaña. Escuché con el oído pegado a la puerta sin captar ni un rumor dentro.

Me desplacé un poco para buscar el botón del timbre.

Mis pies chapotearon sobre algo resbaladizo. Me aparté, encendí una cerilla y, agachándome, contemplé la oscura mancha que se extendía por debajo de la puerta procedente del interior.

Permanecí muy quieto durante unos segundos.

Era sangre.

Roja y oscura sangre desparramándose como un torrente.

Volví al coche rechinando los dientes.

Mary susurró:

—¿No hay nadie, Frank?

—¿Tienes una linterna eléctrica en el auto?

—No. ¿Qué pasa?

—Nada bueno. No te muevas de aquí, no trates de acercarte a la cabaña por nada del mundo. Yo voy a recepción.

Eché a correr antes que ella pudiera formular otras preguntas.

El tipo con ojos de rata empezaba a dormitar cuando entré disparado.

—Saque la llave maestra y acompáñeme —le solté abruptamente—. En la cabaña número siete ha sucedido algo muy grave.

—Mire, no me complique la vida. Tomen ustedes otra y en paz.

—¡Saque esa maldita llave!

Le restregué mi credencial por las narices. Ahora estaba asustado. No se entretuvo en averiguar si era la de un policía o de un conductor de autobús.

Sólo gruñó:

—Debí figurarme que...

—¡Muévase!

Fuimos a la cabaña a paso de carga. Le mostré la sangre en el suelo y por poco no se desmayó.

Se quedó detrás de mí, gimoteando, mientras yo introducía la llave en la cerradura. La puerta se abrió un poco, no más de dos palmos. Tropezó con algo sólido.

El tipo graznó:

—¿Va a entrar?

—No...

Encendí una cerilla, introduje la mano y atisé por la abertura.

Casi pegué un brinco, porque lo que había allí le habría revuelto el estómago a un caballo.

Yo había visto la muerte en sus formas más abyectas, más sangrientas y sucias. Tal vez pocos hombres en este mundo hayan contemplado lo que yo, en una u otra ocasión. Pero lo que había allí era superior a cuanto recordaba haber visto jamás.

Retrocedí y empujé al hombre de mala manera.

—Llame a la policía —ordené—. Y no desperdicie ni un minuto si quiere continuar con el negocio.

—Pero, ¿qué hay ahí dentro? —tartajeó, lívido.

—Poca cosa. Sólo una mujer hecha pedazos.

Emitió un quejido y salió zumbando de vuelta a su oficina.

Me reuní con Mary en el coche. Encendí un cigarrillo. Observé que mis dedos no temblaban al hacerlo.

Estaban firmes.

La cosa iba bien después de todo.

Ella no pudo contenerse por más tiempo y estalló:

—¡Bueno, di algo! ¿Qué hay en la cabaña?

Se lo dije sin rodeos.

No se desmayó ni empezó a gritar. Sólo estalló en llanto y atrayéndola hacia mí la dejé que llorara sobre mi hombro.

Era todo cuanto podía hacer.

CAPITULO VIII

Acompañé a los dos agentes que llegaron primero y entramos en la cabaña.

Uno de ellos vio el cuerpo, dio media vuelta y salió dando tumbos. Se fue a vomitar junto a los árboles.

El otro adquirió un tono verdoso en toda la cara, pero aguantó firme hasta que llegaron el sheriff del condado y el oficial de Homicidios.

Este se llamaba Carpenter y también acusó el impacto que le produjo el espectáculo.

Me empujó al exterior después de dar unas órdenes a su gente, y allí me obligó a contarle la historia completa.

No me interrumpió en todo el tiempo. Sólo al final dijo:

—Ha olvidado mencionar el nombre del individuo que le encargó buscar a esa mujer, Shannon.

—No lo olvidé, ni pienso decírselo hasta haber cambiado impresiones con él. ¿Olvida que se encuentra en San Francisco? No tiene nada que ver con el crimen.

—Eso es una opinión suya. Se trata de un caso de asesinato con todas las agravantes del código y algunas más que ni siquiera están en él. De modo que dígame el nombre de su cliente y acabemos.

—No, sin haber hablado con él. Tengo derecho a hacerlo así y usted lo sabe. A menos, claro está, que se demuestre que estaba aquí en el momento de cometerse el crimen.

—No lo repita —gruñó, fastidiado—. Usted debe saber si el tipo que le hizo el encargo pudo cometer esta salvajada... Un loco como ése debe ser fácil de detectar.

—O un sádico, teniente.

—¿No es lo mismo? Está bien, hable con quien le paga, pero por la mañana quiero verle en mi oficina. ¿De acuerdo?

—Conforme.

Se desentendió de mí y así pude volver al coche.

Mary susurró:

—¿Por qué crees que lo han hecho, Frank?

Conduje hacia la carretera sin prisas.

—No lo sé. Ojalá lo supiera, porque entonces tendría una oportunidad de echarle el guante al hijo de perra que la ha matado. ¡Cristo! No olvidaré eso en todos los días de mi vida.

Detuve el coche ante la oficina, pero vi que dos agentes estaban interrogando al encargado y reanudé la marcha.

Conduje de vuelta a la ciudad con el acelerador a fondo, pensando en el pobre cuerpo destrozado por un maldito cuchillero.

Mary apenas habló una palabra en todo el trayecto. Sólo cuando ya llegábamos a los suburbios murmuró:

—¿Crees que ha sido el hombre que la acompañó, Frank?

—Estoy casi seguro...

—Se llamaba Fulton.

Casi perdí el control del coche. Paré de golpe a un lado y me volví hacia ella.

—¿Es que le conoces?

—Le vi una vez. Se llama Harry Fulton.

—¿Cómo era?

—Alto, delgado, pero fuerte. Tenía una cara huesuda y los ojos muy hundidos. Diana dijo que tenía un apartamento en Sharp House.

Quedé helado.

—¿Quieres decir que Fulton vive en ese edificio?

—Por lo menos, Diana me dijo que sí.

—¡Maldita sea mi estampa! No puede ser tan sencillo. No tiene ningún sentido, ni pies ni cabeza. Un asesino de esta especie no anda por ahí buscando víctimas bajo su auténtica personalidad y esparciendo su nombre a los cuatro vientos. A menos que esté loco de remate, y aún

así... No, imposible,..

—Quizá él la dejó sola y otro la mató.

—¿Por qué? Y justamente cuando quedó sola. Tampoco tiene lógica. Déjame pensar...

Diana no estaba asustada por ella. No me dio la impresión de que corriera ningún peligro, sino que su inquietud era yo, ¿entiendes? Estaba asustada por mí, no por ella.

—Eso tampoco tiene sentido, Frank. No es lógico.

—Nada tiene sentido en todo el maldito asunto. Fulton inscribiéndose con su nombre en el motel, presentándose a Diana tal cual, incluso dejándole saber dónde vive... Es de locos.

Reanudé la marcha y conduje rumbo al hotel. Casi amanecía cuando llegamos.

El recepcionista nocturno me entregó un sobre alargado.

—Llegó por mensajero especial urgente, señor —dijo.

Lo abrí. Contenía una orden de pago por dos mil dólares, a mi nombre y contra el Morgan Shaving Bank. Estaba firmada por Charles Murphy.

Di las gracias y subimos a mi habitación.

Tan pronto cerré la puerta Mary preguntó con un susurro:

—¿Por qué me has traído aquí, Frank?

La miré a los ojos. Había tristeza en ellos, pero no recelo, ni siquiera reproche.

—Podría decirte que para recordarte cierta frase que pronunciaste al llegar al motel...

Desvió la mirada y murmuró:

—Esta noche no, Frank. Es todo tan reciente, y estoy trastornada.

—Tranquilízate. Cada cosa a su tiempo. Pero necesitaba venir aquí antes de llevarte a tu casa.

Saqué el maletín del armario y lo abrí con la llave.

La chica desorbitó los ojos cuando vio el potente revólver *Magnum* de cañón corto que saqué de entre las ropas.

Me coloqué la funda en el cinto, sobre el lado izquierdo. Luego comprobé la carga del arma y la enfundé.

Antes que ella dijera nada, traté de quitar dramatismo a la situación.

—¿Sabes una cosa? —dije—. Esta es una ocasión tan buena como cualquier otra para imitar a esos detectives de la televisión.

—¿Qué... qué te propones?

—Buscar a Fulton. Todavía no puedo creer que el fulano haya sido tan increíblemente idiota para andar pregonando su nombre, si se proponía matar a Diana, peto probarlo no cuesta nada.

—Pero, Frank, si es el asesino mejor será que hables con la policía. No necesitas arriesgarte.

—Querida, si realmente Fulton es quien hizo la porquería que he visto esta noche, te aseguro que todos los riesgos están de su parte. Vamos, aún necesito tu coche un poco más.

—¡Es una locura, Frank!

—Olvidalo. Te llevaré a tu casa si no te importa prestarme el coche.

—Prefiero acompañarte.

—Muy bien, pero te mantendrás al margen, nena.

Sharp House se erguía en una avenida que en un tiempo no muy lejano debía de haber disfrutado de cierta importancia. Mientras conducía el auto por ella advertí que la importancia se había esfumado debido a la salvaje especulación.

Dejé a Mary en el coche, y éste estacionado junto al bordillo. Examiné la batería de buzones.

Había uno a nombre de Harry Fulton.

No podía creerlo. O el tipo estaba loco de atar, o nada era como yo imaginaba.

Oprimí el timbre que llevaba la indicación de «encargado» y esperé.

Poco después sonó un chasquido y la puerta se abrió gracias al mecanismo automático.

El hombre que me recibió no era precisamente feliz en aquellos momentos. Estaba envuelto en una bata y por debajo asomaban los pantalones de un pijama a rayas blancas y azules.

—¿Qué infiernos le pasa a usted? —estalló—. Debería haber llamado a la policía por alborotar a estas horas de la madrugada.

Tenía razón. El alba le ganaba la partida a la noche.

—Tómelo con calma —dije—. Va a tener pronto más policías aquí de los que nadie desearía.

—¿De qué está hablando?

—Harry Fulton.

—Es un inquilino. ¿Qué pasa con él?

—¿Sabe si está en su apartamento?

—Lo ignoro. Entran y salen. Cientos de hombres y mujeres al cabo del día.

—Claro. Vamos a comprobarlo.

—¡Con un demonio! ¿Quién se ha creído que es?

—Un tipo cansado, fastidiado, y que trata de echarle el guante a un asesino de mujeres llamado Harry Fulton.

Se quedó helado y su rostro se volvió blanco.

—¿Está loco? —jadeó—. ¿Es usted policía?

—Privado. Pero si Fulton está aquí vendrán policías suficientes como para levantar el edificio. En cambio, si no está, no veo ninguna razón para sembrar la alarma a todo el vecindario.

Lo pensó un poco. Hizo una mueca y masculló:

—Muy bien, veremos en qué acaba todo esto.

—Tal vez no pase nada.

Se fue en busca de la llave maestra y subimos al apartamento de Harry Fulton.

Señaló una puerta y yo le advertí:

—Llame usted y si responde colóquese a un lado cuando abra.

Asintió, pero su llamada no obtuvo resultado.

Saqué el revólver y dije en voz baja:

—Abra la puerta y apártese.

Sus ojos casi le cayeron al suelo al ver el arma. Pero abrió la puerta y saltó hacia atrás como si le hubieran empujado.

Introduje un brazo para tantear la pared hasta que mis dedos encontraron la llave de la luz. Me deslicé dentro y le di vuelta.

Paseé la mirada y el cañón del revólver en torno. Era un apartamento reducido, pero bien instalado, cómodo.

De Fulton no había el menor rastro.

Desde el mismo apartamento llamé a la oficina del teniente Carpenter, pero él no estaba allí. Les di el nombre y la dirección de Fulton, para que le informaran tan pronto llegara, y colgué.

—Salgamos de aquí. Si Fulton regresa antes de la llegada de la policía, no le diga usted una palabra o se meterá en un lío.

Se encogió de hombros.

—De cualquier modo —dijo—, nunca me gustó el tipo.

Volvimos abajo. Regresé al coche y conduje rumbo al apartamento de Mary.

Ella se impacientó.

—¿Qué encontraste allí, Frank?

—Nada. Ni siquiera ha vuelto a casa esta noche.

—¿Esperabas que regresara tan tranquilo, después de cometer un crimen?

—Precisamente, eso es lo que yo pensé que haría. Hay algo muy raro en todo esto. Si es el asesino, ¿por qué se inscribió con su nombre en el motel, por qué anotó la matrí-

cula de su coche allí, por qué entabló relación con Diana bajo su personalidad? Puede que esté loco, y debe estarlo para haberla matado de ese modo, pero un loco no es forzosamente un estúpido...

Tras un breve silencio, la muchacha murmuró:

—Quizá cuando hizo todo eso no pensaba matar a Diana, tan sólo divertirse con ella.

Luego algo le obligó a matar.

Casi brinqué en el asiento.

—¡Creo que has dado en el clavo, querida!

—¿Qué?

—Has acertado casi con toda seguridad. El no pensaba matar a Diana. Ella le obligó a hacerlo cuando intentó avisarme. Eso debió ocurrir. Por eso ella tenía miedo. Y eso nos lleva a otra posibilidad no menos siniestra.

—¿Cuál?

—Tú. Se vio obligado a matar con su verdadera personalidad. Y tú le conoces

personalmente. Puedes identificarle. En realidad, ya lo has hecho.

—¡Frank!

Yo deseaba que ella se asustara, conociendo el peligro es más fácil precaverse, de modo que añadí:

—Desde su punto de vista, tú debes desaparecer también.

—Creo... creo que tienes razón. ¿Qué voy a hacer?

—Ya veremos. Me siento responsable de ti, de un modo o de otro.

Detuve el coche cerca de su domicilio. Había amanecido, pero la calle estaba desierta y silenciosa. Encendí un cigarrillo. Luego dije:

—Si tú desaparecieras esta misma mañana, antes que el asesinato se hiciera público, él se sentiría mucho más seguro.

Casi saltó en el asiento.

—¿Quieres decir que intentará...?

—No estaba en su apartamento. No ha vuelto allí esta noche. Bueno, puede que esté esperándote.

Empezó a temblar. La abracé apretándola contra mí y busqué su boca.

Nos besamos durante una eternidad, primero para infundirle confianza... Después olvidé mis propósitos altruistas y el fuego de su boca amenazó con barrer todo lo demás.

Hasta que alguien dio unos golpes sobre la capota del coche y un guardia dijo, con evidente sarcasmo:

—¿No creen que hay lugares más adecuados para eso? Llevan así una eternidad.

—Tiene razón —dije.

—Vamos, circulen.

Abrí la portezuela y salté a la acera.

—Va usted a acompañarnos a ese lugar adecuado. Tengo la sospecha de que un asesino está oculto arriba, esperando para matar a esta chica.

—No me tome el pelo, amigo.

Me costó todo un discurso convencerle, y a pesar de que se avino a acompañarnos, lo hizo a regañadientes. Estaba seguro que le tomábamos la cabellera.

Realmente, estuvo a punto de perderla.

CAPITULO IX

Subimos en silencio. Para entonces, el guardia había escuchado mi historia y comenzaba a estar preocupado.

Pero se empeñó en ser él quien abriera la puerta. Era la autoridad allí.

Aparté a Mary a un lado. Luego empuñé el revólver y esperé.

El policía introdujo la llave y empujó la puerta. Dio un paso hacia adentro, hacia la oscuridad, y entonces la mano, el cuchillo y la masa oscura de un hombre brincaron de las tinieblas y el guardia dio un grito y trató de retroceder.

Era demasiado tarde. Emitió un quejido y se derrumbó, luchando aún por sacar el revólver de su funda.

Yo grité:

—¡Sal de ahí, hijo de perra!

No salió. La sangre se extendía por el impecable uniforme del policía. Le arrastré apartándole de la puerta abierta.

Empezaba a verlo todo rojo. Mala señal.

Me zambullí en la oscuridad del cuarto. El tipo debía haber corrido todas las cortinas porque no veía ni mi propia mano. Rodé sobre mí mismo y luego me detuve, escuchando.

Oí su salvaje respiración en alguna parte. Me moví sin disimular mi presencia y él vino hacia mí ahogando un rugido.

Le oí llegar y disparé. El rotundo estampido debió levantar a todo el edificio, y a pesar de que no le acerté logré detenerle el tiempo suficiente para localizar la luz.

La encendí y allí estaba él.

Alto, delgado, la cara huesuda y los ojos hundidos.

Era el mismo tipo.

—Mejor será que sueltes el cuchillo, hijo de perra. No va a servirte de nada.

Me miraba con sus ojillos desorbitados. Era una mirada como para tenerla en cuenta.

—¡El cuchillo, maldito!

De nuevo el rojo color de la sangre estaba apoderándose de mí. Yo era un ejecutor.

La mano derecha de la muerte, ni más ni menos. El hombre al que le habían conferido el poder de vida o muerte...

Fulton seguía allí, tenso, titubeando, y a mí se me antojó que estábamos inmensamente solos en un mundo de pesadilla.

Entonces le espeté:

—Querías el pellejo de la muchacha para hacer lo mismo que le hiciste a la pobre Diana. ¿No es cierto, bastardo?

—¿Dónde está?

—Ahí, en el pasillo. Sólo tienes que salir. ¿No te parece divertido? Unos pasos tan sólo y es tuya. Anda, inténtalo, cuchillero del demonio, hijo de puta, sal a por ella.

Oí rechinar sus dientes. Yo me interponía en su camino hacia la puerta.

Entonces volteeé la pistola y la enfundé.

—¿Lo quieres aún más fácil?

Lanzó un grito y dio un salto igual que empujado por un resorte.

Desde fuera, también el policía lanzó un grito de alarma.

No hice caso a ninguno de los dos. Todos mis sentidos estaban pendientes del cuchillo.

Lo vi venir, sucio aún de sangre seca, como un rayo. Esperé aún... más y más, hasta que estuvo zumbando recto contra mi costado.

Sólo en el último segundo, la última fracción del tiempo de la muerte, me moví.

Lancé las manos y atrapé su muñeca armada cuando él ya creía que su cuchillo había penetrado en mi carne.

Retorcí los brazos y giré hasta que el suyo se dobló en forma salvaje. Los huesos se rompieron y casi le arranqué el brazo de cuajo.

Empezó a aullar como una bestia. Pero no le solté el brazo roto. Tiré de él, más y más, obligándole a girar locamente a mi alrededor, con los huesos astillados desgarrándole la carne y él bramando enloquecido de dolor. Giramos cada vez más rápido, más rápido...

Luego, todo lo que hice fue soltarlo.

Voló materialmente hasta empotrar la cabeza en la pared.

Fui tras él y le atrapé cuando intentaba incorporarse. El brazo le pendulaba suelto en el costado.

Le agarré por los cabellos, eché el brazo derecho hacia atrás y lo disparé con los dedos rígidos. Los dedos se hundieron en su costado como pequeñas barras de acero aplastándole el hígado. Los ojos le giraron en las órbitas y boqueó lleno de angustia y dolor. Pensé que también los ojos de Diana debieron girar enloquecidos cuando se sentía morir entre el lacerante dolor del cuchillo...

Le solté los cabellos dejándole que se arrugara poco a poco. Estaba a mitad de su recorrido hacia el suelo cuando lancé las dos manos como hachas contra sus costados.

Sonó un nauseabundo chasquido. No pudo ni gritar más. Se fue dando tumbos, cegado por el dolor increíble que le mataba, con los huesos de sus costillas rotas hundiéndose en su carne a cada movimiento.

Le dejé llegar arrastrándose casi hasta la puerta. Sólo entonces le atrapé otra vez, sujetándole por el brazo sano y lo levanté en vilo obligándole a enfrentarse conmigo.

Me miró sin verme. Tenía el rostro desencajado por la tortura infinita que le laceraba.

—¡Diana! —le grité a la cara—. ¡Maldito engendro! ¿Recuerdas lo que le hiciste?

Se bamboleó, ciego de dolor, y le hundí la rodilla en la ingle con todas mis fuerzas.

Se fue al suelo, pero aún pude lanzarle el borde de la mano contra su cara. El golpe le estalló más abajo de la nariz y toda su dentadura se le atragantó.

Quedó inerte en el suelo, escupiendo sangre y dientes, con el brazo derecho en forma absurda. Casi ni respiraba.

El policía se había apoyado en la jamba de la puerta y me miraba incrédulo, espantado. Más allá estaba Mary, y junto a ella un montón de mirones a quienes el disparo del revólver había alarmado al principio.

El guardia jadeó:

—¿Se ha vuelto usted loco?

Le miré sin verle apenas. Luego, la niebla roja se esfumó y volví a encontrarme sobre la Tierra.

Miré en torno. El cuchillo estaba caído a un lado. Sería una prueba concluyente. El asesino dejaba escapar un estertor y bajo su cara había sangre y dientes en una siembra que daba náuseas.

Le agarré por los cabellos y a rastras le aparté de la entrada.

—Voy a llamar al hospital —dije—. Cierre la puerta y siéntese.

Mary entró como si pisara un cristal muy delgado.

Solté los cabellos de Fulton y él tartajeó algo entre su boca rota.

—¿Qué te pasa, quieres empezar otra vez?

Descolgué el teléfono y hablé con el hospital más próximo.

Tras esto llamé a la policía. El teniente Carpenter no había regresado todavía, así que hube de contar lo sucedido a alguien que no parecía entender muy bien mi idioma.

Después se puso otro al aparato. Dijo que era el sargento de servicio y que repitiera lo dicho.

Volví a empezar, y estaba a la mitad cuando detrás de mí el guardia chilló:

—¡Cuidado!

Me volví en redondo.

El cuchillo descendía sobre mí como un relámpago.

Intenté echarme atrás y en aquel instante sonó un disparo.

El cuchillo me rozó, pero ya no llevaba fuerza y sólo me desgarró la chaqueta de arriba abajo.

Fulton, con los ojos como brasas, se hundió definitivamente en el infierno del que nunca debió haber salido.

El policía sostenía el revólver humeante en la mano dispuesto a rematarlo si era preciso.

—No le vi moverse... —balbuceó—. No vi que recogiera el cuchillo, de veras... Por poco no lo cuenta usted.

Acabé de hablar por teléfono y colgué.

Mary estaba apoyada en la pared, con la cara gris y los ojos desorbitados llenos de espanto. Fui hacia ella y la llevé a su dormitorio. Cerré la puerta y dije:

—Tranquilízate, ya pasó. No tienes nada que temer.

—Estaba... esperándome, Frank. Si no hubiera sido por ti, ahora... ahora...

—Deja de pensar en eso.

—¡Pero me habría matado!

—No pudo y él está muerto, así que olvídalo. Es mejor que trates de descansar mientras yo me ocupo de todo lo demás. Los policías querrán saber un montón de cosas para las que ni yo mismo tengo explicación.

La besé y durante unos instantes se abandonó en mis brazos. Después la dejé sola.

Entre los policías, el médico y los camilleros organizaron un embrollo que duró toda la mañana.

CAPITULO X

Durante la tarde me cansé de firmar declaraciones. Luego, cuando ya creía que habíamos terminado, hubo que volver a empezar en obsequio del fiscal.

Así que hasta última hora no pude llamar al abogado Murphy, a San Francisco.

La noticia le hizo saltar.

—¿Muerta? —aulló—. ¿Diana Reel?

—Asesinada. La policía está presionándome para que les facilite el nombre de mi cliente. No podré mantenerle al margen mucho tiempo, Murphy.

Eso apenas si le importó.

—¿Quién le mató, Shannon, lo sabe usted?

—Un tipo llamado Harry Fulton, con el que Diana había emprendido una pequeña excursión.

—¿Por qué la mató?

—No lo sé. Nadie parece saberlo de momento.

—¿Han detenido al asesino, Shannon?

—No. Está muerto. Un policía le metió una bala en el cuerpo.

Creí escuchar un sordo juramento.

Luego dijo:

—Usted ha cumplido como los buenos, Shannon. Regrese cuanto antes y le abonaré lo convenido.

—¿Y respecto a la policía?

—Puede facilitarles mi nombre, no hay inconveniente.

—Está bien.

Colgué.

Sentada en el diván, Mary murmuró:

—¿Cuándo te marchas?

—Esta misma noche, si encuentro plaza en el avión.

—Claro...

—Dime una cosa, linda.

—¿Si?

—¿Continúas pensando en ese pueblecito de Kansas? Asintió con un gesto.

Lo pensé un poco. Luego dije:

—No te decidas aún. Dame tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para serenarme. Ni tú ni yo somos unos párvulos. Antes de adoptar una decisión quiero estar seguro de mí mismo.

Sonrió y sus ojos se llenaron de luz.

—Esperaré, querido.

—Buena chica.

—Pero no mucho tiempo.

Sentándome a su lado, la abracé y nos besamos profundamente. Poco a poco el beso se convirtió en la vorágine que precede a la tormenta.

Fueron las horas más ardientes que yo recordaba haber vivido jamás con una mujer.

Cuando me separé de ella sabía que regresaría muy pronto a su lado.

Muy pronto...

* * *

De madrugada, San Francisco estaba envuelto en un tenue manto de niebla húmeda que difuminaba los contornos. El taxi me dejó delante

del edificio donde tenía el pequeño apartamento en el centro.

Llegué a la puerta, y entonces los dos tipos aparecieron como brotados de la tierra.

—¿Shannon? —gruñó el más alto.

—Sí.

—Policías. No alborote y acompañenos.

Les miré estupefacto. No comprendía nada.

—¿Es una detención?

—¿Usted qué cree?

—¿Por qué?

—Lo sabrá cuando lleguemos. No discuta ahora. Hemos perdido días enteros esperándole, buscándole, así que estamos hartos de este asunto. No acabe de estropearlo. Andando.

Eché a andar escoltado por los dos. Había un coche junto a la acera con las portezuelas abiertas. Uno dio la vuelta al auto para instalarse ante el volante. El otro me empujó hacia el asiento posterior.

—Entre ahí —gruñó.

Tiré la maleta dentro, pero entonces decidí variar un poco el programa.

Aproveché que estaba agachado para sacar el revólver, giré y hundí el cañón en la barriga del tipo alto.

—Ahora hablemos con calma, muchacho —dije de mal talante.

—¡No sea loco!

El otro se quedó quieto al otro lado del gran coche. Le advertí:

—Si mueves un dedo verás las tripas de tu compañero desparramadas por la acera. Y

ahora, veamos las credenciales, y rápido. Tengo un humor de perros esta noche.

—¿Eso es todo lo que quiere, ver nuestras credenciales?

—Ni más ni menos.

—¿Y después?

—Si son genuinas iremos adonde quieran.

Oí perfectamente su suspiro de alivio. Con mucho cuidado, metió dos dedos en un bolsillo y extrajo un estuche de piel. Lo abrió y le di un vistazo.

En uno de los lados había una hermosa insignia de plata y oro que yo conocía muy bien. En el otro, la credencial certificando que el hombre era policía con todas las de la ley.

No había nada que objetar, de modo que entré en el coche. El lo hizo detrás de mí y cuando nos pusimos en marcha rezongó:

—Entrégueme el revólver, Shannon. Cometimos un descuido imperdonable al no registrarle al principio.

—No sólo un descuido, amigo. Cometieron un desatino al no identificarse correctamente de entrada, porque a estas horas podrían estar muertos.

Le entregué el arma y me recosté en el asiento. Estaba muerto de cansancio.

—¿No pueden decirme de qué se me acusa?

No hubo respuesta.

Bueno, pensé que Perry Flanagan debía de haber empezado a mover sus influencias.

Llegamos, y me tuvieron esperando en una sala desierta casi media hora. Después, me introdujeron en una oficina donde me aguardaban dos hombres.

Uno era el oficial que ya conocía, el teniente Bosaky. Al otro no lo había visto nunca.

Bosaky hizo una mueca cuando entré. Señaló a su compañero y gruñó:

—Este es el teniente O'Sullivan, de Homicidios.

—¿Homicidios? ¡Cristo! El tipo reventó después de todo.

Cambiaron una mirada.

—¿Qué tipo? —graznó O’Sullivan.

—El matón de Flanegan. Me dijeron que estaba muy mal.

—No.

—Entonces, ¿qué diablos pasa aquí?

—Está usted acusado de asesinato, Shannon. ¿Quiere que le recite la fórmula legal y todo eso?

Quedé mudo de estupor.

Cuando recobré la voz dije:

—De modo que asesinato. ¿Aquí, en San Francisco?

—¡Claro que aquí!

—Ya veo. Debí matar a alguien por telepatía. O mediante un encantamiento Vudú, a distancia...

—Lo mató con un revólver «Colt» Cobra del «38», cuyo número de serie está registrado a su nombre.

—Tengo un revólver como éste en mi oficina.

—Ya no está allí. Ahora lo tienen los expertos de balística.

—Alguien ha perdido la brújula y seguro que no soy yo. Acabo de llegar de Los Angeles. He permanecido allí estos últimos días.

—Bueno, Los Angeles no queda tan lejos. En avión uno puede ir y volver en cuestión de un par de horas.

—Y caminando un poco más. Están locos todos ustedes. ¿A quién se supone que maté?

—A un ex presidiario llamado Andrew Miklas.

Iba de sorpresa en sorpresa.

—Jamás oí ese nombre. Nunca conocí a nadie llamado así. Todo esto es...

—Está mintiendo, Shannon.

—¿De veras? —le espeté, fastidiado.

—Usted visitó a Miklas en San Quintín. Dos veces.

—Esto es grande.

—Su actitud es absurda. Tuvo que inscribir su nombre para visitarlo en la penitenciaría. Los oficiales de San Quintín le identificarán con sólo echarle la vista encima, de modo que no nos haga las cosas difíciles. Colabore y todo será más fácil para usted.

—Quizá aún fuera más fácil si me contaran lo que creen que hice, cómo lo hice y dónde, porque estoy a oscuras.

Bosaky se encogió de hombros, pero O'Sullivan masculó un juramento.

Dijo:

—Muy bien, si quiere hacernos perder el tiempo. Cuando se me agote la paciencia haremos las cosas del modo rudo. Usted mató a Miklas en su propia oficina, cuando él fue a entrevistarse con usted. Dos balazos de su propio «38», que encontramos en un cajón de la mesa. Antes había ido dos veces a visitarle en la penitenciaría.

Sabemos por otro recluso que Miklas pensaba contratarle a usted para un trabajo.

¿Le parece que eso es suficiente para que empiece a hablar?

—Desde luego, si yo hubiera cometido un asesinato de estas características, y tal como usted lo cuenta, merecería que me colgaran sin juicio.

—¡Maldita sea! Basta ya de payasadas, Shannon.

—¿Tengo cara de idiota? Voy a San Quintín, me entrevisto con ese fulano, espero que salga y le meto dos tiros en mi despacho, con mi propio revólver, que dejo abandonado en un cajón para que no se extravié. Abandono también el fiambre allí y me largo de paseo. Pero hombre, si es lo más absurdo que oí en mi vida.

—No creo que abandonara el cuerpo. Usted esperaba la ocasión de sacarlo sin riesgo, nada más.

—Y usted es oficial de policía —mascullé de mal talante—. Bueno, estoy tentado de cerrar la boca y dejarles que sigan adelante, sólo para ver cómo se estrellan.

Atrapé una silla y me dejé caer en ella. Estaba hecho migas.

O'Sullivan rugió:

—¡No le dije que se sentara!

—¡Al diablo! Estoy agotado, muerto de cansancio y con un humor de perros, así que no agoten también mi paciencia. Levante ese teléfono y llame a la policía de Los Angeles, al teniente Carpenter. Después me daré el gustazo de mandarles a la mierda con todos los respetos, O'Sullivan.

—¡Voy a...!

Su compañero le interrumpió.

Bosaky estaba preocupado.

—Espera un minuto —dijo, apartando a O'Sullivan—. ¿Se empeña en agarrarse a esta historia, Shannon?

—No diré una palabra más hasta que llamen a Los Angeles.

El otro volvió a estropearlo.

—¡No le permitiré decirnos qué hemos de hacer, desgraciado!

Bosaky gruñó algo malsonante.

—No cuesta mucho hacerlo, después de todo —rezongó.

O'Sullivan no estaba de acuerdo. Empezó a dispararme una sarta de preguntas envenenadas.

No respondí a una sola. Se me cerraban los ojos.

Fue Bosaky quien se agarró al teléfono al fin.

Resultó ridículamente fácil. Cuando colgó el teléfono estaba más pálido que antes.

O'Sullivan ladró:

—Bueno, ¿qué te dijeron?

—Es cierto lo de Los Angeles. Pasó la mayor parte del tiempo acompañado por una mujer, y a la hora en que mataron a Miklas estaba en las oficinas de la Central, y más tarde en las del fiscal testificando en un caso de asesinato cometido allí. No hay ninguna duda.

Empujé la silla hacia atrás y estiré las piernas.

—No se atropellen —dije—. Aceptaré sus excusas por riguroso turno, caballeros.

Me miraron de mala manera,

O'Sullivan se agarró a su última esperanza.

—Díganos por lo menos qué habló con Miklas en la penitenciaría.

—Nada, Nunca estuve allí.

—Pero su nombre consta.

—¡No lo repita! —le interrumpí—. Alguien se hizo pasar por mí. Si su cabeza dura se niega a admitirlo, haga que me identifiquen los oficiales de servicio, pero háganlo pronto porque estoy cayéndome de sueño.

Estuvieron callados un buen rato. Como si hablara para sí mismo, O'Sullivan masculló:

—Si eso fuera cierto, habríamos de pensar que alguien siguió a Miklas cuando salió del penal, y que tan pronto acudió a su oficina le mató...

—Baje de las nubes, teniente.

Dio un respingo y se puso rojo.

Yo añadí:

—Quien fuera que se cargó a ese individuo, era alguien que había estado antes en mi oficina, registrándola, encontrando el revólver y familiarizándose con ella. Era alguien que adoptó mi identidad para visitar a Miklas en San Quintín. Era alguien que sabía que Miklas iría a mi oficina tan pronto saliera en libertad. Y, teniente, era alguien que sabía que yo estaría fuera de la ciudad y que él podría utilizar mi despacho para sus fines.

Bosaky asintió con un gesto.

—Me parece que tiene razón, Shannon. ¿Qué opinas tú?

O'Sullivan parecía tener algo personal contra mí, pero sabía que no podía agarrarme por ningún lado.

Se limitó a decir:

—Seguiré investigando en torno a su historia, Shannon, no crea que voy a aceptarla sin más.

—Allá usted si quiere desperdiciar el tiempo —me levanté ahogando un bostezo—.

Voy a acostarme, y entre tanto vayan pensando en otra cosa. Por ejemplo, en quién podía saber que yo estaría fuera de la ciudad para no estorbarle en su trabajo.

—Examinaremos todos los ángulos.

—Seguro que lo harán. Y ahora, si no les importa, díganles a esos dos aprendices que mandaron en mi busca que me devuelvan mi petardo, ¿sí?

—¿Llevaba usted una pistola cuando le detuvieron?

—Seguro.

Hizo una mueca, pulsó un timbre, y cuando un agente asomó la cabeza por la puerta le dio una orden. Cinco minutos más tarde tenía el revólver en mis manos.

Revisé la carga, cartucho por cartucho, antes de enfundarlo. Me despedí y los dejé parados allí, con sombrías expresiones en sus caras. No parecían felices precisamente.

Amanecía cuando me acosté. Tan pronto toqué la almohada quedé dormido.

Eso fue una suerte.

CAPITULO XI

Desperté muy tarde. El crepúsculo se cernía sobre la ciudad como la sombra de un gran murciélago.

Salté del lecho aturdido, con la mente embotada y hecha un lío.

La ducha me despejó en parte. Hice café y engullí un par de tazas antes de volver a sentirme vivo.

Entonces llamé a Los Angeles.

La voz de la muchacha sonó fresca y llena de vida a través del auricular.

—Hola, ángel —dije—. ¿Aún eres tan linda?

—¡Frank!

—¿Lo eres?

—Ya no tanto. He envejecido un poco.

—Tú nunca envejecerás.

—Me alegra tanto oírte...

—Voy a reunirme contigo muy pronto, cariño. El tiempo de arreglar algo aquí. Tengo que decirte algunas cosas.

—Dímelas ahora.

—No por teléfono.

—Apuesto que podría adivinarlo si me lo propusiera.

—Una parte quizá sí. La otra no, y ésta no es agradable.

—¿De qué se trata, Frank? Me inquietas.

—No es ése mi propósito. Te quiero, ¿sabes? Cuando te vea todo será distinto.

—Por favor, querido, no lo demores.

—Pronto.

—¿Sabes una cosa? Pienso cada vez más en ese refugio tuyo de que me hablaste. Ese lugar que dijiste que nunca había nadie... Estoy segura de que es muy hermoso.

—Tú harás que lo sea. Volveré a llamarte.

—¿Esta noche?

—Seguro.

—Hasta luego, amor mío.

—Adiós, ángel.

Colgué, acabé de vestirme y abandoné el apartamento.

Tomé un taxi y di la dirección del abogado Murphy. Era un enorme edificio dedicado por entero a oficinas y locales de negocio. Cuando llegué ya casi se había vaciado de su factor humano. Pero aún quedaban algunos macilentos oficinistas que lo abandonaban apresurados, fastidiados por la aburrida jornada que había terminado.

Busqué el nombre del abogado en el tablero del vestíbulo.

No lo encontré y el corazón me dio un vuelco.

Tras este fracaso inicial, entré en la oficina de la administración. Había una muchacha sentada detrás de una mesa ordenando unos legajos.

Levantó la cabeza y sonrió.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con amabilidad.

—Busco a un abogado llamado Charles Murphy. Las señas que me dio son las de este edificio, pero su nombre no consta en el tablero.

—Claro, porque ya no está aquí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—El señor Murphy alquiló el despacho condicional, pero ayer lo dejó, anticipándose a la fecha límite.

—¿Qué significa eso de alquiler condicional?

—Por un lapso de tiempo fijo, y sobre todo, corto. El tiempo del señor

Murphy fue de treinta días.

—Comprendo. Supongo que no dejaría su nueva dirección.

La chica sacudió la cabeza.

Le di las gracias y salí a la calle.

Entré en un bar que no estuviera repleto, pedí de beber y consulté la guía telefónica profesional.

Había una lista interminable de abogados. Cientos, miles de ellos. Pero ninguno llamado Charles Murphy.

Ahora ya sabía a qué atenerme.

Conservaba aún la orden de pago por dos mil dólares y me propuse hacer algo al respecto, pero habría de ser a la mañana siguiente. Entre tanto, ya tenía material en qué pensar.

Regresé a mi apartamento fastidiado, pensando sólo en hablar de nuevo con Mary y solucionar definitivamente mi situación.

Era sorprendente lo que me ocurría, pero ante el recuerdo de la muchacha incluso el misterio del hombre asesinado en mi propio despacho, y la súbita desaparición de Murphy, quedaban en un lejano segundo plano.

De modo que la llamé. Fue una conversación endiabladamente larga y que me salvó la noche.

Después de eso seguí pensando en ella, pero ya desde otro ángulo. Para poder volver a su lado necesitaba antes resolver el asunto de mi divorcio. Eso por un lado.

Por otra parte, también debería librarme del embrollo que un maldito asesino había creado a mi alrededor, matando a un tipo en mi despacho.

En contraste con la anterior, esa noche apenas si pude pegar ojo.

* * *

La oficina del banco estaba en Forest Hill. Encontré un empleado dispuesto a atenderme y le mostré la orden de pago.

—La recibí en Los Angeles —expliqué—, pero hube de tomar un avión

antes de hacerla efectiva. ¿Puedo cobrar aquí ese dinero?

—Por supuesto.

Tomó el documento y desapareció. Regresó poco después, me lo devolvió y vi que había otra firma más.

—Puede presentarla en caja y se la abonarán.

—Gracias. Otra cosa, por favor. ¿Podría hablar con el empleado que atendió al señor Murphy?

—Supongo que sí. ¿Se trata de pedir algún informe?

—No exactamente.

—Veré qué puedo hacer. Vaya a caja entre tanto y luego vuelva a este departamento.

Lo hice. Me embolsé dos mil dólares y volví al encuentro del empleado. Junto a él había otro que dijo:

—Yo atendí al abogado Murphy. ¿Qué es lo que desea usted realmente?

Improvisé sobre la marcha.

—Sólo se trata de que necesito ponerme en contacto con él personalmente. Me dio su dirección por teléfono, pero la he extraviado. He pensado que quizá ustedes pudieran ayudarme.

—Por supuesto, no hay ningún inconveniente.

Esperé unos minutos. Cuando el hombre volvió me entregó una cartulina con el nombre y la dirección de Charles Murphy.

La dirección era la del despacho abandonado.

No quise hacer más averiguaciones. ¿Para qué? La cosa estaba tan clara como la luz.

El hombre había abierto la cuenta exclusivamente para sus tratos conmigo, sin dejar después el menor rastro.

Un dinero destinado a mantenerme lejos de mi oficina, vagando por México detrás de un fantasma.

Sólo que algo había sucedido que estropeó sus planes, y el fantasma se había materializado para convertirse en un cadáver horriblemente mutilado.

Pensar en Murphy empezaba a encolerizarme. Se había servido de mí para sus propósitos, unos propósitos que habían conducido a dos asesinatos. Cuando pudiera echarle la vista encima iba a tener algunas cosas que explicarme.

Y con toda seguridad no volvería a comer jamás con sus propios dientes.

CAPITULO XII

El teniente Bosaky señaló una silla y gruñó:

—Siéntese, Shannon. ¿A qué ha venido?

—¿Dónde está su belicoso compañero?

—¿O'Sullivan? Salió. Usted le amargó la vida —dijo con una sonrisa.

—El mismo se complicó las cosas. ¿Qué sabe de San Quintín?

—Esta es otra. Tenemos la descripción del hombre que visitó a Miklas utilizando su nombre, Shannon. Las señas no coinciden ni remotamente con su aspecto.

—No podía ser de otro modo. Aunque la cosa estaba bien planeada, eso hay que reconocerlo. Sólo que algo les falló en el último momento.

—Habla como si supiera qué sucedió realmente.

—Tengo algunas ideas, teniente. Mírelo de ese modo: el tal Miklas habló con alguien en la cárcel, dijo que iba a contratar a un detective tan pronto saliera. Para qué lo necesitaba ya es algo más difícil de imaginar, así que lo dejaremos de lado. Lo que me intriga es ¿por qué yo? No soy famoso, ni siquiera conocido como detective privado. Los periódicos nunca han hablado de mí. Y si echa un vistazo a la guía profesional encontrará decenas de anuncios de agencias y detectives privados individuales.

—Ya veo...

—Para localizarme a mí en la guía hay que hacerlo con lupa. Entonces, ¿cómo me eligió?

—Alguien le sopló el oído. ¿Es eso lo que insinúa?

—Seguro. No me cabe ninguna duda.

—Si fue otro recluso no lo averiguaremos jamás. Esos tipos nunca hablan.

—Lo sé, hay que enfocarlo por otro camino. Y ahí es donde entra el picapleitos de pega.

Dio un respingo. Pacientemente le contó la aparición de Charles

Murphy y lo que ahora sabía sobre él.

Se quedó helado.

—¡Pero sería una auténtica confabulación! —exclamó asombrado—. Ese falso abogado tramó el plan para alejarle a usted y poder cargarle así con la muerte de Miklas. El envió a esa mujer que mataron en el motel de Los Angeles sólo para que usted fuera tras su rastro...

—Eso es lo que yo creo. Sólo que algo pasó y la chica se asustó hasta el extremo de pedirme que no la siguiera, que volviera a San Francisco sin perder un minuto. Estaba aterrada cuando habló conmigo por teléfono. Supongo que el acompañante que Murphy le había endosado la sorprendió, perdió el control y la mató. Era un maldito cuchillero, un profesional medio loco. Y eso nos indica que Murphy tampoco es un aficionado, si tiene relaciones con delincuentes de otras ciudades.

—Dios, es un auténtico laberinto. Pero le echaremos el guante a ese Charles Murphy y él responderá por los crímenes.

—Eso no será fácil, teniente. Imagino que ése no sería tan ingenuo para utilizar su verdadero nombre. Ha sabido borrar bien todos sus rastros.

—Haremos cuanto podamos. Hasta los criminales más astutos cometen errores.

—Ese no ha cometido ninguno hasta ahora. Sólo tengo una esperanza, Bosaky.

Hizo una fea mueca.

—Ya tiene más que yo.

—La cosa se le estropeó a causa del asesinato de Diana Reel. De modo que ahora sabe que su bien tramado proyecto no le ha servido de nada y que la policía se lanzará en su busca tan pronto yo haya hablado. Y para que la policía pueda identificarlo, teniente, yo debo estar vivo.

Dio un brinco, atónito.

—¿Y éste es su esperanza? —casi chilló.

—Ni más ni menos.

—La esperanza de que Murphy intente matarle...

—Ajá.

—¡Está completamente loco, Shannon!

—Cuando venga a por mí le cazaré, teniente, y entonces pagará esas muertes. Sobre todo la de Diana.

—O le matará a usted.

—Matarme a mí no es tan fácil.

Me observó con el ceño fruncido y una mirada inquieta en sus ojos claros, pero no quiso discutir.

—Ojalá no tengamos que recoger sus pedazos en cualquier callejón, Shannon —dijo tan sólo.

—Yo sé cuidarme.

Me levanté y él hizo lo mismo.

—Salude a O'Sullivan —dije con sorna—. A ese tipo debieron amamantarlo con vitriolo...

Se echó a reír y me acompañó a la puerta.

Nos estrechamos las manos. El dijo:

—Cuídese, Shannon. Y llámeme si ocurre algo nuevo.

—De momento he de ocuparme de otra cosa muy importante para mí.

—¿Qué?

—Mi divorcio.

Le dejé boquiabierto, en la puerta, mirándome mientras me alejaba.

Ciertamente, acelerar mi separación era para mí lo más importante en aquellos momentos, porque lograrla sería la llave que abriría el camino hacia Mary...

* * *

El local estaba repleto cuando atravesé los cortinajes de la entrada.

Igual que en mi primera visita al lujoso cabaret, me instalé en la barra y pedí whisky.

No pasaron ni tres minutos sin que dos de los gorilas que ya conocía aparecieran.

Ambos me observaron sin disimulo y me parecieron muy preocupados.

Les hice una seña y se acercaron.

Uno gruñó:

—¿Va a armar gresca otra vez, Shannon?

—Si se detienen a pensar un poco, yo no empecé nada aquella noche. Fueron sus camaradas quienes iniciaron el baile.

—Poco importa ahora quién empezó. Mire, Shannon, mejor que se largue. El señor Flanegan está furioso con usted. Si se entera de que ha vuelto es capaz de cualquier cosa.

—Su interés por mi integridad me conmueve, de veras que sí, amigo. Pero he venido a hablar con mi mujer y no me iré sin haberlo hecho.

—¿Su mujer está aquí?

—Hace ya mucho tiempo.

—¿Quiere tomarnos el pelo?

—Ni en sueños. Ella quiere divorciarse y yo también, así que no habrá ningún problema. Ningún escándalo.

—Está bien, háblele, pero después será mejor que se vaya y tendremos la fiesta en paz.

—Eso mismo pienso yo.

Dejé algún dinero sobre el mostrador. Ellos se apartaron para dejarme paso, pero dieron un brinco hacia mí cuando vieron la dirección que tomaba.

—¡Párese ahí! —rechinó el charlatán—. Ese es el camino de los camerinos.

—Claro. Mi mujer debe estar ahí a estas horas.

—¡Maldita sea, basta de bromas! ¿Qué se propone realmente?

Me planté ante los dos y dije suavemente:

—Mi mujer se llama Marion. Flanegan la conoce muy bien.

Me contemplaron estupefactos.

El tipo balbuceó:

—¿Es un chiste?

—Desde luego que no.

Estaban perplejos y la situación empezaba a desbordar sus limitadas entendederas.

Hasta que el que llevaba la voz cantante le ordenó al otro:

—No le pierdas de vista. Voy a ver en qué para todo esto.

Se fue y regresó tan de prisa como si hubiera rebotado.

—Es cierto, Jeremy —le dijo al otro—. Vaya usted al camerino, Shannon, pero si alborota esta vez saldrá con los pies por delante.

—Soy el tipo más pacífico de este mundo, muchacho.

Ella estaba esperándome en su camerino, acompañada de su inseparable Flanegan.

Fue éste quien gruñó:

—Tiene usted un cinismo que asusta, Shannon.

—Esa es sólo una de mis cualidades.

Ella barbotó:

—¿Qué es lo que quieres esta vez?

—Es respecto a tu demanda, querida.

—¿Qué pasa con ella, vas a pleitear?

—¿Yo? Ni loco. Quiero que le des prisa a tu abogado para que todo se resuelva cuanto antes. Pero no esperes sacarme ni un centavo de plomo, encanto.

—¿No te opondrás a la demanda?

Parecía asombrada.

—En absoluto, de modo que lo que haga tu abogado estará bien para mí.

Flanegan rezongó:

—Mejor será que se busque usted uno también. Va a necesitarlo cuando yo le hunda.

—Siga soñando, gran hombre. ¿Vas a activar el asunto, Marion?

—S...sí.

Flanegan volvió a la carga.

—Uno de mis empleados va a quedar inutilizado de modo permanente. Eso representa una fortuna como indemnización. Después de eso, Shannon, podrá preocuparse de su divorcio.

—De modo que el tipejo se llevó una buena ración. Bueno, no voy a decir que lo lamento. Y ahora escuche un consejo, hombre importante —me incliné hacia él, hacia su cara grasosa y congestionada—. Cuando me canse de soportarle, o de oír sus graznidos, le aplastaré como a una rata. No habrá poder en la Tierra que pueda impedirlo, de modo que ándese con tiento y déjeme en paz si quiere seguir disfrutando de buena salud.

Quedó blanco, con la ira desbordándose de sus ojillos.

Me encaminé a la puerta. Antes que saliera ella murmuró:

—¿Hay una mujer, Frank?

—¿Te preocupa eso?

—En realidad, no.

—La hay.

Salí y allí estaban los dos gorilas, plantados como estatuas, listos para cumplir con su deber si les daba motivos.

Me despedí con un gesto de los dos y me largué sintiéndome extrañamente ligero.

Me di cuenta de que la amargura, la ira y el rencor que habían anidado dentro de mí durante años ya no existían.

Eso era una gran cosa.

Eché a andar despreocupadamente acera adelante. La noche húmeda estaba poblada de luces, de estrellas, de gentes anónimas.

De paz.

¿Paz?

Al doblar una esquina, una pistola comenzó a ladrar.

CAPITULO XIII

Obré por puro reflejo condicionado, zambulléndome detrás de los coches aparcados.

Una bala aulló al rebotar en la acera, y otra más vibró al incrustarse en una carrocería.

Rodé furiosamente, maldiciendo en todos los tonos.

Un coche se movió en alguna parte, con el motor zumbando suavemente.

Me paré pegado al suelo, delante del morro de un Cadillac negro. Para entonces tenía mi «45» en la mano.

Otros disparos retumbaron contra el Caddy, astillando sus cristales. Los escasos noctámbulos que poco antes poblaban las aceras estaban aplastados contra el suelo como lapas.

Al fin, vi el coche en el centro de la calle. Ganaba velocidad y sólo entonces disparé.

No había prisa. Cuando uno está metido en el infierno ya no hay prisa para nada, así que lo tomé con calma. Con calma uno puede afinar la puntería.

Mi primera bala penetró por el parabrisas. Sonó un agudo chillido.

La segunda entró por la ventanilla lateral, y para entonces el coche estaba dando bandazos de un lado a otro, cada vez más rápido.

Disparé por tercera vez. Los gritos dentro del auto se multiplicaron. Una portezuela se abrió y un tipo saltó fuera como un gamo.

Mi cuarta bala lo cazó en pleno salto y pareció enroscarse en el aire, para acabar estrellándose contra el asfalto.

El coche pegó de refilón contra la fila de autos aparcados provocando un estruendo infernal.

Otro individuo quiso probar suerte y saltó fuera, echando a correr desesperadamente.

Mi quinto envío de plomo debió darle en una pierna, por que dio una voltereta y cayó. Pero volvió a levantarse y, renqueando, trató de

escapar.

Le dediqué mi último plomo con mis peores deseos. Esta vez se desplomó y ya no volvió a moverse.

En aquel instante el coche se empotró violentamente contra los coches del otro lado de la calle y se detuvo.

Cayó un extraño e irreal silencio después de la tempestad. Miré en torno. Nadie se movía de cuantos aún estaban pegados al suelo, de modo que retrocedí hacia la esquina y me alejé a paso ligero. Sonaban silbatos por todas partes, pero no quería tener que dar explicaciones a la policía.

Volví por el mismo camino que había recorrido poco antes y me encontré en las inmediaciones del cabaret temblando de cólera.

Pensé que si Flanagan era quien había organizado la emboscada, esta vez le haría tragarse hasta el nombre. Pero cuando me serené un poco llegué a la conclusión de que aquello debía ser cosa de Charles Murphy. Había sido su primer intento para borrar del mapa al único testigo que podía identificarle.

Pero si era así, ¿cómo me había localizado al salir del cabaret?

Maldije para mis adentros. Era fácil saberlo. Si el rebaño de gorilas estaban dentro,

sanos y salvos, el ataque no podría haber sido cosa de Flanagan.

Si no estaban allí...

Entré rechinando los dientes. La bonita chica del guardarropa me lanzó una mirada intrigada. Debió pensar que estaba chiflado con tanto entrar y salir.

Ya dentro, busqué a los matones con la mirada y sólo pude localizar a uno de ellos, acodado en un extremo de la barra.

Llegué a su lado y dije:

—¿Dónde está el resto de la manada, muchacho?

Dio un respingo y se volvió en redondo. Se puso rojo.

—¡Usted otra vez! —rechinó.

—Tengo mala noche. Busca a tus camaradas, a todos, y diles que quiero verlos reunidos aquí de inmediato. Date prisa o empiezo a romper cosas.

Saltó del taburete enfurecido.

—Esta vez se la va a ganar —gruñó antes de alejarse.

Esperé. Casi deseaba que no quedaran más matones disponibles.

Me llevé un chasco. Apareció todo el rebaño excepto uno, que debía ser el que estaba en el hospital en estado grave. Incluso hizo acto de presencia el que tenía la mandíbula rota, que se le sostenía mediante un complicado aparato cubierto de vendajes.

Vinieron hacia mí codo con codo, silenciosos, sombríos como el demonio. Pero también preocupados. Ninguno había olvidado aún nuestro primer altercado.

—¿Qué quiere ahora, Shannon?

—Nada, me equivoqué. Les pido disculpas, camaradas.

Se miraron intrigados. Pero el tipo dijo:

—A buena hora. ¿Va a largarse, o hemos de sacarle de aquí a puntapiés?

—Ya he dicho que me equivoqué.

Les dediqué un gesto burlón de despedida y me encaminé a la salida.

No se fiaban, por supuesto. Me siguieron como una jauría de sabuesos ansiosos de pelea.

En el vestíbulo, el que había hablado antes se adelantó cerrándome el paso

—Es la última vez que le advierto, Shannon. No vuelva jamás por aquí. ¿Está claro?

—Perfectamente. Uno tiene derecho a equivocarse.

Entonces sucedió.

Claro que pudo haberme clavado un cuchillo si hubiera dispuesto de él.

Como no lo tenía a mano, disparó su derecha hacia arriba con toda la ira acumulada durante días y días. Me cazó como a un pajarillo, bajo el mentón. Noté el estallido y mis pies perdieron contacto con el suelo.

Me fui hacia atrás dando tumbos, para estrellarme contra el pequeño mostrador del guardarropía, di una voltereta por encima y aterricé al otro lado, envuelto entre las piernas de una muchacha que chillaba con voz ahogada.

Traté de quitármela de encima, pero ella intentaba lo mismo, aunque en una dirección equivocada. Acabó enroscada a mí y por un instante mi cabeza asomó entre sus muslos duros y calientes.

Conseguí levantarla en vilo y ella se agarró a mí como pudo, sacudiéndome tirones a

las ropas, barbotando insultos. Sus piernas largas y desnudas se agitaban como aspas de molino.

Al fin la arrojé lejos de mí. Sólo que la chica seguía aferrada a mi chaqueta y parte de ésta se fue con ella.

Para entonces, el grupo de gorilas estaban pegados al mostrador contemplando el espectáculo y esperando. Esperando que yo volviera a estar a su alcance para seguir la fiesta.

—No podían mantener las manos quietas, ¿eh? —dije, jadeando.

—Usted tenía que acabar hecho pedazos tarde o temprano.

—No será esta noche en todo caso. Hay otras cosas que tengo que hacer.

Y era cierto. No quería perder más tiempo allí, ni siquiera para devolverle al matón su espléndido puñetazo.

De modo que les enseñé el revólver por encima del mostrador. Estaba descargado, pero eso ellos no podían saberlo.

—Si no se esfuman en un segundo, muchachos, la fiesta será mucho más ruidosa que de costumbre.

No podían creerlo. No se les había ocurrido que yo pudiera estar armado con semejante cañón.

—Vamos, muévanse, hatajo de monos. Un cañonazo de este juguete levantará en vilo a todo el local.

El del puñetazo fue el primero en decidirse, y en unos segundos nos quedamos solos la chica de las piernas largas y yo.

Ella continuaba sentada en el suelo, allí donde yo la había tirado, con su diminuta falda arrollada en torno a la cintura, las bragas al aire y sosteniendo un girón de mi chaqueta en su regazo.

—Lo siento mucho, nena.

—¡Usted... usted, pedazo de bruto...!

La ayudé a levantarse y recuperé aquel pedazo de mi vestimenta. En el trozo de tela había uno de los bolsillos laterales, y al quitárselo de las manos todo lo que había en el bolsillo se desparramó por el suelo.

Instintivamente, nos agachamos los dos para recogerlo. No era gran cosa después de todo. Un paquete mediado de cigarrillos arrugado, un librito de cerillas y la fotografía de Diana Reel.

Ella tomó la fotografía, y al devolvérmela preguntó tratando de dulcificar la voz:

—¿Es usted amigo de Katty?

—¿Katty?

Agitó la foto ante mis narices,

—¿Es usted amigo suyo?

Algo empezó a zumbar dentro de mi cerebro.

—¿Se llama Katty? —dije con un hilo de voz.

—Claro. Katherine Adam, pero todos la llaman Katty. Trabaja aquí, ¿sabe? Creí que era usted amigo suyo al ver que tiene su foto.

Fue así de sencillo.

O de absurdo.

Como todo el maldito caso.

Luché por controlarme. Tomé la fotografía y la guardé otra vez.

—¿Me estás diciendo que esa muchacha trabaja en este local?

—Bueno, ahora está ausente. Pero cuando regrese tendrá la plaza disponible. Tuvo una suerte loca.

Pensé en la suerte que la había llevado a caer bajo el cuchillo de un sádico carnicero, pero sólo dije:

—¿Por qué tuvo tanta suerte?

—Porque el señor Flanegan le dio vacaciones. Con todo pagado, no vaya usted a creer. Ella misma me lo contó. Aunque pensando lo que debió costarle obtenerlo creo que ya no es tanta suerte...

Apenas si la escuchaba. Flanegan había pagado las vacaciones a la chica, utilizada como anzuelo con el nombre de Diana Reel, para mantenerme alejado de San Francisco.

—Nena, no hables una palabra de eso con nadie, y mejor aún si te largas de aquí ahora mismo. Después de esta noche habrás de buscarte otro empleo. ¿Dónde hay un teléfono?

Ahora me miraba asustada.

—Abajo... Los de servicio público, pero ahí atrás tengo uno si quiere.

—¿Pueden escuchar desde los otros?

—No, es de línea directa.

—Muy bien.

Hablé con el teniente Bosaky y, aunque por teléfono no pude extenderme en muchos detalles, le convencí de que la cosa era urgente.

Colgué y me encaré con la chica.

—Créeme, linda. Márchate a casa antes que esto estalle.

—Pero, pero...

La dejé allí, más asustada que nunca, y entré de nuevo al salón.

Mi aspecto, con el cabello revuelto y la chaqueta desgarrada, era como para llamar la atención y la llamó. Pero no había ningún gorila a la vista, por lo que deduje que estaban en presencia del hombre importante informándole de lo sucedido.

Me deslicé hacia los camerinos y sin llamar abrí la puerta del que ya era familiar para mí.

Marion giró sobre el taburete y esta vez estaba sola.

Cerré la puerta y me acerqué a ella. Algo debió ver en mí que borró todo asomo de color de sus mejillas.

—¡Frank! ¿Qué pretendes ahora?

—Mira esta foto, encanto.

La miró. Dio tal respingo que por poco no cayó sentada al suelo.

—Eso es suficiente —dije rechinando los dientes de cólera—. No necesito más aclaraciones.

—No... no sé de qué estás hablando.

—Acompáñame al despacho de Flanegan. Vamos a celebrar una fiesta por todo lo alto.

—¡Espera, Frank!

—No puedo esperar. Nunca imaginé que llegarías tan bajo, que te hundirías hasta el crimen para conseguir las riquezas que siempre ambicionaste.

—¡No es lo que piensas, Frank! —chilló—. Tienes que escucharme.

—¿Escuchar qué, una sarta de embustes? Tú estabas enterada de toda la trama.

Sabías que esa pobre chica estaba siendo utilizada para mantenerme lejos de la ciudad, mientras aquí se cometía un crimen que iba a serme endosado bonitamente.

¡Lo sabías todo, maldita zorra!

—¡Estás equivocado!

—¡Con mil demonios equivocado! Me eligieron a mí porque tú les facilitaste los detalles. Niégalo si te atreves.

No era tonta y comprendía que aquello era el final. Pero tenía que luchar como un gato panza arriba.

—¡Sí, sí, pero yo no intervine, te lo juro! Les oí hablar, nada más que eso.

—¡No me digas!

—¡Tienes que creermelo!

—Seguro, como creería al demonio. Andando, guíame. Veremos qué historia tiene que contar tu amado Flanagan.

Estaba tan pálida como un sudario.

—¡No puedes hacerme esto a mí, Frank! Aunque sólo sea por lo que pasamos juntos, por lo que representé para ti... ¡Tienes que darme una oportunidad! ¿No lo comprendes, o qué clase de hombre eres tú?

—Lo estás haciendo muy bien, de veras que sí. Pero no dices nada de lo que deseo oír.

Por ejemplo, por qué se organizó todo el plan.

—¡No lo sé!

—Vamos.

La arrastré hacia la puerta sin que ella dejara de gimotear. Luego, antes de salir, se rindió.

—Te lo diré todo si prometes dejarme fuera de esto, Frank.

—Pero, ¿de veras crees poder librarte?

—Con tu ayuda sí.

—¡Es grande! Bueno, suéltalo.

—Miklas había sido un chantajista de altos vuelos. Tenía un fantástico archivo que mantuvo oculto cuando le detuvieron. Ellos querían ese archivo. Hicieron planes, calcularon. Podían obtener más de dos millones de dólares en menos de un año. Sólo tenían que apoderarse de la colección de películas y fotos de Miklas y exprimir a los hombres y mujeres que aparecían en ellas.

—Ahora estás diciendo algo.

—Me ayudarás, Frank, ¿no es cierto?

—Sigue hablando. ¿Por qué me eligieron a mí como chivo?

Desvió la mirada y su cara se volvió gris.

—Sabían que aún estabas casado conmigo. Fue cosa de Perry... De Flanegan.

—O tuya.

—¡No!

—De cualquier modo importa poco de quién partió la idea. Lo que sí importa es la muerte de la pobre chica.

—¡Te juro que nunca nadie me habló de que se vertería sangre! Todo era una especie de estafa a un chantajista.

—¿Estafa? Debes pensar que soy idiota. ¿Cómo iban a apoderarse del archivo de Miklas sin matarlo?

—Nunca me lo dijeron.

—Decididamente, te falta imaginación. ¿Quién es el socio de Flanegan, el que se hizo pasar por abogado?

—Se llama Medard Pape.

—Bueno, ¿qué importa un nombre más o menos entre socios? Guíame al despacho de Flanegan. Vamos a terminar de una vez.

—Y yo, Frank, ¿qué será de mí?

La miré a la cara y durante unos instantes el pasado se agolpó en mis recuerdos. Ella siempre había estado ciega para todo lo que fuera el lujo, las joyas, los vestidos exclusivos, el dinero.

Dije:

—No creo que te sienten muy bien los modelitos pardos de la penitenciaría. Echa a andar y acabemos.

—¡No puedes hacerme eso, Frank!

—Trata de impedirlo y verás lo que pasa. De cualquier modo, ningún jurado se mostrará demasiado severo contigo si les haces una buena exhibición de muslos en el banquillo.

La empujé al pasillo. Subimos unas retorcidas escaleras hasta la planta superior. Allí, Marion se detuvo y titubeó ante una puerta.

Con voz queda le advertí:

—Si das la alarma te haré daño, Marion. Y hablo en serio.

Se oían voces al otro lado.

Saqué la pistola vacía, abrí la puerta y empujé a Marion violentamente delante de mi.

Flanegan se levantó de un salto.

El otro hombre se volvió en su butaca. Empezó a levantarse muy despacio.

Le enseñé los dientes con una mueca.

—Me alegro de verle, señor Murphy-Medard Pape. Se dio mucha prisa para dejarme en la estacada. ¿Dónde esperaba que le rindiera mis informes?

Miraban el revólver con ojos desorbitados. Después sus miradas giraron hacia Marion, preguntándose si les habría delatado.

Les dediqué una sonrisa.

—Efectivamente, pareja de bastardos. Ella ha decidido cargarles con el paquete,

—¡Maldita zorra! —estalló Flanegan.

—Muévase y le agujereo la barriga, hombre importante.

El falso abogado gruñó:

—No perdamos la cabeza, Shannon. Aún podemos llegar a un acuerdo. Hay dinero para todos si es sensato.

—Mucho dinero, ciertamente. Más de dos millones si mis noticias son ciertas, pero no

me conviene. Acérquese, picapleitos de pega.

—¿Para qué?

—¡Venga aquí!

Obedeció con pasos vacilantes, temiendo que le metiera un plomo en la barriga.

No podía hacerlo. No tenía balas. Sólo le sacudí un golpe salvaje en la cresta y se apagó como una vela.

Entonces, en la pared se encendió un pequeño bulbo rojo.

—¿Qué significa esa luz, Flanegan?

—¡La policía... ha entrado en el local!

—¡Maldita sea, demasiado pronto!

Guardé la pistola y salté hacia él.

Intentó defenderse, pero peleando con las manos desnudas no era una gran cosa. Le golpeé salvajemente, haciendo honor a las lecciones aprendidas de hombres que tenían los escrúpulos de un caimán, pero que se habían especializado en el arte de matar y destruir en nombre de la patria y del deber...

Rebotó de un lado a otro, desarbolado, aullando, pidiendo socorro.

Pero a cada golpe yo pensaba en Katty, y en la manera cómo había muerto, y sentía que volvía a hundirme en la vorágine que estaba dentro de mí.

No advertí cuándo abrieron la puerta, ni oí sus gritos, y el primer policía que intentó sujetarme recibió un trallazo detrás de la oreja que le mandó a dormir, y otros me saltaron encima y organizamos un tumulto en medio del cual Bosaky chillaba como un loco.

Al fin pudieron sujetarme entre cuatro corpulentos policías, aplastándome contra la mesa, casi partiéndome por la mitad.

Entonces oí al teniente.

—¡Basta, Shannon, o le encadeno!

Regresé a este mundo poco a poco.

—Está bien, teniente, ya pasó. Dígales a sus esbirros que dejen de exprimirme.

—Suéltelo.

Lo hicieron con cautela.

Entonces vi lo que quedaba de Flanagan.

No era gran cosa después de todo.

Bosaky gruñó:

—¿Qué demonios le pasó, Shannon? Un poco más y tenemos que recoger a ese tipo con una pala.

—Así tuvieron que recoger a la muchacha.

—¿Está seguro que se encuentra bien?

—Perfectamente.

Mis ojos tropezaron con la mirada de Marion, acurrucada en un ángulo de la oficina.

La señalé y dije:

—Póngale las esposas, Bosaky. Ella le contará la historia completa, y le aseguro que es edificante.

—Frank, por piedad, no me abandones ahora. ¿Qué será de mí?

Me encogí de hombros.

Ya llegaba a la puerta cuando el teniente gritó:

—¡Eh, Shannon! ¿Adónde diablos cree que va? Necesito su versión de los hechos.

Completa y firmada.

—Ella le contará. Y tiene a esos dos vivos... cosa que lamento. Haga su trabajo y gánese el sueldo.

—¡Maldito sea, espere!

—Le veré en su despacho.

Caminé una eternidad sin otro rumbo que la inercia. Las calles estaban desiertas y uno podía sentirse solo, y libre, respirando a pleno pulmón el aire salobre de la bahía.

Pensé que cuando amaneciera mi ciudad estaría un poco más limpia.

De repente descubrí un escaparate iluminado y me detuve.

Había multitud de folletos de colores al otro lado del cristal, y un buque en miniatura, y dos maquetas de aviones comerciales.

Tardé algún tiempo en comprender que era una de esas agencias de viajes que no cierran en toda la noche. Entonces entré.

—Por favor —dije—. ¿A qué hora sale el primer vuelo para Los Angeles?

Advertí la mirada de susto del empleado. Sólo así caí en la cuenta de cuál era mi aspecto.

Llevaba el traje hecho girones, y los puños manchados de sangre, y había sangre en mis ropas y hasta en mi cara. Sangre de Flanagan, del hombre importante.

—A las seis y quince...

—¿Qué?

—El avión —balbuceó el empleado—. Sale a las seis y quince minutos.

Traté de sonreír.

—Tuve... este... un accidente. Déme un pasaje para ese vuelo.

El hombre tragó saliva. Pagué y volví a la calle dejándole que respirase en paz.

En aquellos instantes era como si ya estuviera en los brazos de Mary.

FINAL

Encendí un cigarrillo en la oscuridad del cuarto. Todo era silencio en la quieta noche y a mi lado la suave respiración de la muchacha dormida se me antojó una música.

Saboreé el humo dejando vagar la imaginación. Todo era tan reciente que me faltaba perspectiva para analizarlo con desapasionamiento.

La muchacha se removió en sueños. Murmuró algo, un susurro apenas audible.

Apagué el cigarrillo y, apoyándome sobre un codo, me quedé mirándola. Nunca antes había experimentado tanta ternura por nadie en este mundo.

Estaba desnuda y la sábana se había deslizado hasta su vientre liso. Los pechos apenas acusaban su suave y lenta respiración. Era tan hermosa como un sueño.

Aún estaba mirándola cuando abrió los ojos y me sorprendió. Una lenta sonrisa alegró sus labios.

—Fisgón —susurró—. ¿Qué mirabas?

—A ti. ¿Qué otra cosa? Dormías como una niña.

—Qué niña ni qué... Dormía agotada. Tengo el cuerpo como si me hubieran pasado por una máquina de trincar carne.

—No exageres.

—Dame un cigarrillo.

Encendí dos y le puse uno en los labios. Aspiró el humo, suspiró, y al fin, sentándose en la cama dijo:

—Cualquiera duerme...

Más allá de la ventana abierta las estrellas parpadeaban guiñándole a la noche, brillando como diamantes.

Tras un largo silencio ella musitó:

—Ahora puedes decírmelo, cariño.

—¿Decirte qué?

Inclinándose hacia mí me ofreció los labios abiertos.

La besé profundamente. Luego echó la cabeza atrás y dijo:

—Lo que me anunciaste por teléfono. Lo que yo imaginaba me lo dijiste ya... Las más hermosas palabras que una mujer puede desear oír en la boca de un hombre. Yo las oí.

—Ya veo...

—Pero dijiste que había algo más, algo desagradable.

—Es una cosa que debes saber.

—Muy bien.

—En primer lugar, legalmente aún estoy casado, aunque han pasado tres años desde que mi mujer se largó.

La oí suspirar largamente.

—¿Hay algo más? —preguntó.

—¿Es que no te parece importante que aún esté casado?

—Supongo que si ella no te concede el divorcio puede ser un engorro, pero me tiene sin cuidado. Te quiero, Frank. No cambiaría esta noche por nada del mundo y todo lo

que deseo es que hayan muchas más, semejantes a ésta. Ahora, continúa.

—Lo otro es lo que yo fui, hasta hace poco más de tres años.

—¿Qué?

—Ingresé en un organismo secreto dependiente de la CIA. Un grupo reducido, muy especial...

Eso sí la sorprendió. Se quedó mirándome intrigada, esperando.

—Nos adiestraron durante años. Moldearon incluso nuestras mentes para distorsionar nuestro orden de valores. Hicieron un buen trabajo. En mi caso por lo menos. Fui uno de los mejores.

—¿Y...?

—Llevé a cabo misiones horribles en distintas partes del mundo. Cosas abyectas.

Luego me cazaron y pasé un infierno. No quiero entrar en detalles, pero cuando me canjearon pasé casi un año en un sanatorio. Estaba desquiciado.

—¡Dios santo!

—Ya no servía, dijeron, así que me asignaron una pensión generosa. Me consiguieron una licencia de detective privado, tanto para que tuviera algún trabajo, como para que dispusiera de licencia de armas. Sabían que antes de mi derrumba-miento yo estaba señalado por el adversario como elemento muy peligroso al que había que eliminar.

—Ahora comprendo muchas cosas, querido.

—Debías saberlo. Hay ocasiones que aún... aún afloran las enseñanzas que recibí. He vivido tres largos años de infierno, embruteciéndome, bebiendo... ¡Maldita sea! Ahora que se me ocurre, no he vuelto a beber desde que te conozco.

—Voy a mantenerte tan ocupado que no tendrás tiempo de pensar en beber. Ni en otras cosas, dicho sea de paso.

Sus brazos se enroscaron en torno a mi cuello. Se enroscó a mí como las raíces a la tierra y nos amamos una vez más en esa noche extraña, increíblemente dulce.

El éxtasis se prolongó hasta el alba.

Entonces quedamos, al fin, dormidos.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

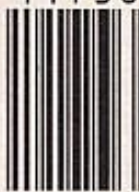
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España